

IA (Inteligencia Artificial)
y otros relatos

XVI Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

IA (Inteligencia Artificiosa)
y otros relatos

XVI Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

IA (Inteligencia Artificial)
y otros relatos

XVI Certamen Internacional
de Relato Breve sobre Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

LA (Inteligencia Artificiosa) y otros relatos.
XVI Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria.
Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2023
12 x 19 cm, 129 pp.
THEMA: FX

© Los autores
© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2023
Campus Universitario de Rabanales.
Ctra. Nacional IV, Km 396 · 14071 Córdoba (España)
Telf. +34 957 21 2165
www.uco.es/ucopress – ucopress@uco.es

Esta edición ha sido confinanciada
por la Biblioteca Universitaria de la Universidad de Córdoba

I.S.B.N.: 978-84-9927-762-2
e.I.S.B.N.: 978-84-9927-767-7
D.L.: CO 1431-2023

Impresión:

Impreso en papel ecológico



Estas editoriales son miembros de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
CATEGORÍA SENIOR	15
IA: Inteligencia Artificiosa	17
Una versión nueva	23
7 (091) GOM	29
Hoja sin marcar	33
En busca de vocación	39
Cachivaches	45
Un viejo amor	51
Fundamentos de la Lógica Universitaria	57
<i>Do ut des</i>	63
Lejos de la Edad de Oro	69
CATEGORÍA JUNIOR	75
Torbellino	77
De Ibn Tumlus a Dani	81
París, 18.	87
El último examen	93
El estudiante de biblioteca	99
El Remanso	103
Biblioteca y otros lugares que no son solo sitios	109
El sentido de lo invisible	115
Un día de enero	119
Sueños que no solo sueños	125

PRÓLOGO

Escribía Jorge Luis Borges en el prólogo de *Para las seis cuerdas* (1965) que «toda lectura implica una colaboración y casi una complicidad. En el *Fausto*, debemos admitir que un gaucho pueda seguir el argumento de una ópera cantada en un idioma que no conoce; en el *Martín Fierro*, un vaivén de bravatas y quejumbres, justificadas por el propósito político de la obra, pero del todo ajenas a la índole sufrida de los paisanos y a los precavidos modales del payador». Esa colaboración y aún complicidad es la que propondrán al lector las siguientes páginas. Los concursantes demuestran en este XVI Certamen Internacional de Relato Breve una sensibilidad prodigiosa, invitando a una visita, a través de los ojos de las letras, a la vida universitaria. Pero no sólo de recuerdos y de experiencias presentes se alimenta la imaginación de los escritores, sino de una desbordante frescura.

Doscientos once relatos fueron recibidos a concurso desde diversos países del continente europeo y

americano en las dos modalidades, sénior (ciento treinta y cinco) y júnior (setenta y seis). Cada uno es una singular mirada a la vida universitaria, aunque ciertos temas laten con fuerza en sus líneas. El paso del tiempo y el recuerdo de lo vivido en la versión sénior, mientras que se observa un predominio del sentir momentáneo y actual en la júnior.

De todos ellos, el jurado estimó que cuatro debían ser destacados y premiados, a pesar del excelente nivel del resto. En la modalidad sénior, Rafael Infantes, primer premio, estructura y utiliza el lenguaje acostumbrado de un artículo científico en *IA: Inteligencia artificiosa (Peripeccia académica en los límites razonables entre el plagio y la autocomplacencia) I*, a fin de componer una microhistoria particular llena de ironía sobre las nuevas tecnologías. Por su parte, *Una versión nueva*, de Julio Montesinos, accésit, reconstruye un supuesto reencuentro de antiguos alumnos de Derecho con un giro final que sorprenderá al lector.

En la modalidad júnior, otros dos relatos han concitado el favor del tribunal. *Torbellino*, de Esther Gómez, se construye sobre la cotidianeidad de una consulta bibliotecaria para remitir al mito del lector que vive la historia del volumen que tiene en sus manos. Su trama divertida y ficcional la hizo ganadora del primer premio en esta modalidad, mientras que Jesús López, con *De Ibn Tumulus a Dani*, consiguió el accésit en la versión júnior. Este último describe con maestría un paseo por la Judería de Córdoba y la asistencia a clase,

poniendo en paralelo la experiencia de un estudiante actual con la de un pseudo-imaginario alumno árabe, de tal modo que espacio y sentimiento rompen las barreras del tiempo.

Estos cuatro relatos que reúne el presente volumen son una buena muestra de la originalidad de los textos presentados a concurso, pero, por supuesto, las páginas que a continuación se incluyen recogen historias no menos imaginativas. En la categoría sénior, Pepa Jiménez llama la atención en *7 (091) GOM* sobre el cambio generacional, la biblioteca misma y el amor a la lectura; *Hoja sin marcar*, de César Augusto Rodríguez, a su vez, busca lo extraordinario en una actividad usual de la docencia; Rafael López compone una crítica ácida a la política de publicación de artículos científicos en *En busca de vocación*; *Cachivaches* de Faustino Lara llama la atención sobre esas piezas esenciales para el funcionamiento de la Universidad, como son las limpiadoras; el amor y el paso del tiempo prevalecen en el relato de Soledad Sánchez; *Fundamentos de la lógica universitaria*, de Mariano Andrés Liberal, construye en el personaje de Menéndez un clásico profesor ‘coco’ universitario; la frase latina que da título al relato de Manuel Coterón, *Do ut des*, es el motivo alrededor del cual se construye la siguiente microhistoria; y en *Lejos de la edad de oro* de Jesús Jiménez se rememora un momento de un estudiante de Filología hispánica.

La modalidad júnior no es menos creativa. Lara Siscar, en *París, 18*, indaga en los sentimientos de una

estudiante universitaria en París; *El último examen*, de Ángela Sánchez, pasa revista de un modo intimista a una carrera universitaria; Celia Estepa escribe en *El estudiante de la biblioteca* una microhistoria en el depósito de la biblioteca; *El remanso* de Julián Jiménez relata una magnífica historia de fantasía en el campus de Rabanales; Julio Sánchez pone el foco de atención sobre la biblioteca como espacio en *El sentido de lo invisible*; y *Un día de enero* de Patricio José González remite a una ruptura amorosa. Cierra el volumen Atefa Mahmodi con *Sueños que no solo sueños*, quien relata las dudas y anhelos de una estudiante afgana en la Universidad de su país.

Con todo, se compone un rico mosaico abigarrado que intenta ofrecer algunas de las múltiples caras que ofrece la vida universitaria, una invitación al lector interesado para aceptar la colaboración y complicidad sobre la que llamaba la atención Borges y disfrutar con la imaginación, destreza y frescura de los relatos aquí recopilados.

El Jurado del XVI *Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria* «Universidad de Córdoba» ha estado integrado por los siguientes miembros de la Comisión de Biblioteca y de la comunidad universitaria:

Presidencia: Israel Muñoz Gallarte, Vicerrector de Estudiantes y Cultura de la Universidad de Córdoba.

Secretaría: Esperanza Jiménez Tirado, Coordinadora del Club de Lectura de la Universidad de Córdoba.

Miembros:

- M.^a Paz Aguilar Caballos, Profesora Titular de Química Analítica.
- José J. Albert Márquez, Profesor Contratado Doctor de Filosofía del Derecho.
- Soledad Gómez Navarro, Catedrática de Historia Moderna.
- Luisa Lesage Gárriga, Profesora Ayudante Doctor de Filología Griega.
- M.^a del Carmen Liñán Maza, Directora de la Biblioteca Universitaria.
- Pilar Montesinos Barrios, Catedrática de Ingeniería Hidráulica.
- Antonio Sarsa Rubio, Catedrático de Física Atómica, Molecular y Nuclear.

Israel Muñoz Gallarte
*Vicerrector de Estudiantes y Cultura
de la Universidad de Córdoba*

CATEGORÍA SENIOR

IA: Inteligencia Artificiosa

(Peripetia académica en los límites razonables
entre el plagio y la autocomplacencia)

RAFAEL INFANTES LUBIÁN

1er Premio

RESUMEN: Se mostrará a lo largo de este ensayo, en el marco de un aceptable grado de incertidumbre y desvergüenza mal disimulada, la frustración que provoca en el individuo universitario medio(cre) la incapacidad de producir la más mínima aportación académica original.

PALABRAS CLAVE: *inteligencia, sueño alegórico, plagio, incertidumbre, estado cuántico.*

EXPOSICIÓN

Me despierto de un sueño agitado y espeso. He soñado con cráteres en erupción y laberintos minoicos de los que, casi de chiripa, he conseguido escapar bordeando los propios límites de mi cordura hasta alcanzar el borde de un precipicio. He sentido el vértigo

frente al insondable abismo por el que se despeñaban, de forma alegórica, gruesos volúmenes de compendios legales, rollizos tratados de deontologías abstrusas y manuales para programadores en lenguajes de quinta generación. Justo en el momento previo al despertar, sentí los pasos anónimos —*clap, clap, clap...*— de un misterioso perseguidor. Después, un punzante estallido de luz sobre mis ojos recién abiertos, procedente del único ventanal con que cuenta nuestra habitación en el colegio mayor, delata el avanzado momento de la mañana que, para mi desesperación, intuyo cercano al mediodía.

De inmediato, realizo un fugaz escrutinio del entorno, embargado por un estado de ánimo que combina un ilusorio sentido de culpabilidad con lo que un artículo del último número del *Res Novae ex Leguleius* describe como «temor reverencial no intimidatorio». Es un hecho probado que C, mi compañera de habitación, no necesita verbalizar sus reproches; a ella le bastaría activar esa adusta mirada cargada de condescendencia para recriminarme por enésima vez mi lamentable actitud hacia los deberes académicos. Me declaro culpable: he vuelto a trasnochar en ese período limítrofe entre el fin de las clases y el período de evaluación. Ese lapso en el que todo tiempo mal o bien empleado (lo dejo a su consideración, señoras y señores miembros del tribunal) incrementa hasta un punto crítico las probabilidades de no retorno, en ese preciso horizonte de sucesos y sucesiva acumulación de deberes y horas de estudio

pendientes que te precipitan, sin remedio, hacia el agujero negro del fracaso escolar.

Por fortuna, C no parece inmutarse ante mi reciente vuelta a la consciencia. Permanece sentada de espaldas a las camas, inclinada sobre su mesa escritorio. En la pantalla de su portátil centellean líneas de texto que se propagan ágiles en respuesta al frenético movimiento de unas manos que teclean —*clap, clap, clap...*— como poseídas por un involuntario movimiento oscilatorio.

Me levanto y el ruido de mis pisadas sobre el parqué chivato que cruje parece romper por un instante su concentración. Ensayo y error: «Oye, C, quería explicarte que...», empiezo una improvisada y torpe argumentación que se ve interrumpida por el brusco movimiento de su mano derecha que se alza en señal de aviso: ¡Silencio, estudiante de posgrado en actividad académica a pleno rendimiento!

Tras unos minutos de tensión intelectual no resuelta que culmina en un virtuoso repiqueteo sobre el teclado (punto y aparte), se gira hacia mí y esgrime, una vez más, esa mirada. «Lo vas a volver a hacer, ¿verdad?» parece decir, intuyendo que aún no he escrito ni una mísera línea de mi trabajo fin de grado.

—Bueno, ha sido un cuatrimestre difícil.

De nuevo la mirada (ya saben, estimados miembros del tribunal), la adusta mirada.

—No, no, claro que no. Esta vez no voy a culpar al estrés o a una suerte de imprevistas complicaciones ni mucho menos al devenir de un universo que, no cabe

duda, conspira contra mí. Acepto, si eso te complace, que esta situación es consecuencia de un uso desmedido del noble, aunque vilipendiado, arte de la procrastinación.

Pero no es posible su indulgencia. Si insisto me recordará que he forjado un currículum por medio de trabajos hábilmente plagiados. De hecho, la desesperación me ha llevado en más de una ocasión a entregarme sin reparos (ni el menor indicio de remordimiento) al *copia-pegar* más despiadado mientras C se esforzaba hasta la extenuación para presentar trabajos novedosos. Ahí radica la propia condena de mi periplo como estudiante, en la circunstancia de convivir junto a una persona brillante, responsable y decidida.

Por el contrario, en mi caso y desde mi ingreso en la universidad, una praxis de lo chabacano se convirtió en mi seña de identidad. Durante un tiempo la cosa funcionó. Después, en mi cuarto año de carrera llegó ese maldito Turnitin. Cuando oí hablar por primera vez de él, creí que se trataba de uno de esos pioneros soviéticos en los albores de la carrera espacial, un Andrei o Nikolai cualquiera. ¡Cuán equivocado estaba! C me lo avisó, pero desatendí sus advertencias y en la evaluación de ese año el batacazo fue sonado. Desde entonces todo ha ido de mal en peor.

¿Qué puedo hacer ahora? Me tumbo de nuevo en la cama y meditabundo cierro los ojos. Si considero mi estado cuántico indefinido, próximo a un irremediable ataque de nervios, es fácil de entender que me haya bastado una distribución de chusca probabilidad para

llegar a la terrible conclusión de que no voy a ser capaz de entregar el trabajo a tiempo. Salvo que acuda a esa nueva herramienta. Alguien me ha puesto en alerta sobre ese llamado ChatGPT cuyo código fuente produce con asombrosa verosimilitud cualquier texto requerido en una inusitada variedad de estilos.

«El dolor en sí mismo es el amor». De nuevo esa frase sacude mi memoria y lo ha hecho de forma persistente en las últimas semanas. No entiendo la razón.

Me incorporo y C ha desaparecido misteriosamente. ¿Cómo es posible que no haya notado su partida? Siento un escalofrío. Dudo incluso de que realmente haya estado alguna vez aquí. ¿Y si solo he hablado con mi propia imagen reflejada en el espejo? o, aún peor, ¿y si yo mismo y todo cuanto aquí han leído (insobornables miembros del tribunal) es la perversa obra de una inteligencia artificial?

Sacudo la cabeza. Creo que empiezo a delirar. Me levanto y enciendo el portátil. Poso la mano sobre el ratón como quien acaricia el suave lomo de un cachorro dormido en el deseo de que responda cómplice al tacto amistoso de mi roce. Dirijo el cursor a la barra de búsqueda del navegador. Suplico —¡oh, sagrado algoritmo!— que me muestre un indicio que ilumine esta penumbra creativa.

CONCLUSIONES

Hay una forma sencilla de resumir este estudio de caso, de hecho, me bastan dos palabras: desastre inminente.

Víctima de un bloqueo indescriptible, embargado por una desesperación narcótica he recordado algo que leí en un artículo (¿o fue en un *chat*?). Escribo en el procesador de textos un comando desesperado «=lorem (1,5)» y a continuación pulso *intro* con una violencia inusitada efecto de la embriaguez contextual. El resultado, más allá de «el dolor en sí mismo es el amor», es revelador:

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Maecenas porttitor congue massa. Fusce posuere, magna sed pulvinar ultricies, purus lectus malesuada libero, sit amet commodo magna eros quis urna. Nunc viverra imperdiet enim. Fusce est.

Sin duda, esta vez lo voy a petar.

Una versión nueva

JULIO MONTESINOS BARRIOS

Accésit

Zambra y recuerdos en la Facultad de Derecho. Serpentean por el viejo claustro antiguos alumnos escoltando a camareros cargados con platos de jamón. Es momento de saludos, sutiles quiebros a excompañeros pesados y requiebros que salen del alma.

—¡Hombreee, Rafaaa! ¡Estas igual que hace veinticinco años!

Rafa saca pecho palomo mientras sonríe triunfal ante el elogio. Gallea ingenuo, sin percatarse del consenso general sobre su estable fealdad. Esa que nunca puede ir a peor. Su amigo Luis, en cambio, no puede decir lo mismo.

—¡Laura, mira allí, junto al naranjo! ¡Luis el buenorro! ¡Gordo y retaco!

—¡Madre mía, Silvia! ¡Si parece Fernando Estesol!

Las dos letradas caminan hacia la barra, escupiendo *mealegrodevertes* y *estaisignales* a modo de mantras

protectores frente a posibles críticas al estado de sus cuerpos serranos.

La convocatoria del cuarto de siglo de la promoción 1997-2002 es un éxito. Cerca de noventa compañeros confraternizando en camarillas itinerantes que actualizan vínculos perdidos. Parciales, apuntes fotocopiados, mañanas de biblioteca, tardes de cafetería y cartas, suspensos en cuartas convocatorias... Remembranzas que ejercen de santo y seña para franquear el pasado.

Es solo el calentamiento. Cuando finalice el breve acto oficial organizado, el respetable partirá hacia el lugar contratado para el sarao. La hora del cóctel y del chimpún. Porque hoy es uno de esos días en los que el cuerpo pide comisaría. Y todos lo saben.

En una esquina, amparados en el anonimato, un pequeño grupo de setentones trasiega medios de Doblas mientras observa envidioso a esa chavalería que, aunque próxima, aún no ha comenzado a descender la cuesta. El totum revolutum de médicos, enfermeros, filósofos y veterinarios jubilados brinda por el 50º aniversario de la Universidad de Córdoba (1972-2022). Es momento de conmemorar un comienzo que aspira a perpetuarse en las generaciones venideras. Brindan también emocionados por las bodas de oro del inicio de sus carreras.

Apuran sus medios y neutralizan a un camarero que deambula despistado gambas en ristre. Prietas las filas, lo rodean sin escapatoria. Hombro con hombro, cubriendo con resignación los infaustos huecos que la vida ocasiona entre los camaradas.

La elección de su lugar de celebración no es casual. Varios de los presentes tienen hijos entre los antiguos estudiantes de Derecho. Los contemplan exultantes, orgullosos del rastro que dejarán tras ellos. Hasta Marcial Sotillo, excatedrático de Filosofía y Letras, quien nunca las tuvo todas consigo respecto a su hijo Rafa. Sobre todo, tras comenzar su octavo año de carrera...

Silvia y Laura, cerveza en mano, hacen trajes a discreción a todos los compañeros con los que se cruzan o divisan en lontananza. *Que si María Gutiérrez no terminó la carrera y está ahí tan pancha; que si a Paco el de Montilla le subían las notas por los contactos de su padre; que si Luisa la pija se liaba con el de las prácticas de mercantil I, lo dice todo el mundo...* La gente las esquiva como puede, concedora de su endémica afición de hablar por la espalda. De ahí lo acertado de su mote: las habichuelas.

Poco a poco se va haciendo el silencio. Ángela Martínez, catedrática de Derecho Procesal, sube al atril colocado en el lateral del claustro y suelta un emotivo discurso que consigue hacer derramar alguna que otra lágrima entre la concurrencia. Cuarenta años ininterrumpidos de clases magistrales son las medallas que adornan su guerrera. Un prolongado aplauso pone fin a tan brillante intervención. Sus antiguos alumnos muestran aprecio y respeto.

El conmovedor clima generado por las palabras de la catedrática propicia la exaltación de la amistad y los abrazos para todos. Incluso las habichuelas reciben

tantos que cruzan miradas de angustia ante la súbita acumulación de trabajo.

Pero de pronto todos se giran hacia un lado. El mar de nostálgicos licenciados que baña el claustro se abre en dos ante el paso firme de un tipo desgarbado y de largo pelo cano. El Moisés de los pobres centra la atención con su perturbadora presencia.

—¡Mínguez! ¡Es Mínguez!

El siniestro eco que produce el apellido trae a la memoria episodios olvidados. Como el del famoso examen sorpresa de Internacional Privado que se sacó de la manga en su efímera etapa de profesor contratado doctor. Nunca fue un actor principal en la serie que conforma la carrera de los presentes. Tan solo un lunático cameo en aquel negro trimestre que parecía superado. El examen fue una escabechina. Aprobaron solo siete de los cincuenta que asistieron a clase ese día. A los suspensos no les dejaban presentarse al segundo parcial. El revuelo fue tal que intervino el rector y Felipe Mínguez Torregrosa acabó desterrado en la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de Melilla.

Mínguez sube al atril y contempla a sus antiguos alumnos. Tibia sonrisa bajo mirada aviesa. Los murmullos se diluyen hasta desembocar en un atronador silencio. La cuadrilla del cincuentenario lo observa también con atención.

—Muy buenas, mis queridos exalumnos. Veo que no os habéis olvidado de mí. Vuestros caretos lo dicen todo. ¡Jijiji!

Todos se miran extrañados. ¿Qué hace allí este tío partiéndose el labio de risa?

—Mi paso por esta Facultad fue breve pero intenso, ¿verdad? Y como no me dio tiempo de despedirme en su momento, he querido traeros un regalito para celebrar tan entrañable evento.

Ante la estupefacción generalizada, Mínguez saca un folio doblado del bolsillo interior de la chaqueta.

—Conforme a la documentación presentada al Consejo de Gobierno de la Universidad, el examen sorpresa que os puse hace veinte años ha resultado ser correcto y su validación tiene efectos retroactivos. A los siguientes alumnos suspensos de esta lista se les anula el título de Licenciado en Derecho y tienen que presentarse de nuevo al examen: Rafael Sotillo, María Gutiérrez, José María Fuentes...

El grueso de la promoción se lleva las manos a la cabeza y grita exaltada pidiendo la cabeza de Mínguez. Tan solo los siete empollones esbozan una malévola sonrisa mientras el pletórico locutor recita los agradecidos con el cuponazo.

Fernando Estesos, perdón, Luis el buenorro, resopla sofocado y se desabrocha la camisa hasta lucir como su alter ego en Los Bingueros. Las habichuelas lloran a mares desconsoladas, pujándose en su ácido caldo. Pero el que peor está es Rafa. Observa ojiplático a Mínguez mientras por su mente se derraman en cascada oscuros recuerdos de una eterna carrera: suspensos encadenados, veranos clásicos de sombrilla y Albaladejo,

pírricos aprobados en revisiones, terceras matrículas abonadas de extranjis... Y cuando parece que ya ha tocado fondo, su padre lo guinda desde el rincón del cuadrilátero y le clava una inquisitorial mirada mientras asiente inquietantemente con la cabeza.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Miiiiiiingueeeeeez...!

Rafa se levanta de la cama empapado en sudor. La luz que entra por las rendijas de la persiana le devuelve a la realidad. Otra vez la recurrente pesadilla del suspenso. Y eso que ya han pasado veinticinco años... Al menos esta es una versión nueva. Respira aliviado. Suena el móvil sobre la mesilla. Lo coge.

—Dime, papá.

—¿Estás ya listo? A las doce me recoges para ir a la Facultad. Me han dado el soplo de que en lo vuestro hablan Ángela Martínez y un tal Mínguez que se ha autoinvitado.

—¿Quééé?

7 (091) GOM

PEPA JIMÉNEZ PÉREZ

Rosario se levanta de lunes a jueves a las seis de la mañana, pone la cafetera en el fuego y abre el correo. Contesta unos cuantos *mails* en quince minutos mientras bebe, siempre café solo para abrir la jornada. Escribe:

Estimada Lucía:

Podemos vernos en mi despacho a las 16:00 mañana.

Un saludo y ánimo.

Escribe:

Estimado Sergio:

No te preocupes, para eso estamos. Panofsky y Barthes te pueden servir para el análisis.

Un saludo y ánimo.

Rosario se llama Rosario como su madre y es la primera mujer de la familia que logró graduarse, no sin algún llanto, no sin cierto miedo, emociones que se multiplicaron en el tiempo de doctoranda. Después del

doctorado cubrió unas cuantas bajas en otras universidades durante seis años y este curso es el primero durante el que imparte asignaturas de Historia del Arte en la Universidad de Córdoba, centro en el que se formó.

Esta historia puede acabar aquí: una mujer, Rosario, que imparte clases de Arte Contemporáneo, Cine y Artes Decorativas en la Facultad de Filosofía y Letras. Una mujer que se despierta a las 6:00, prepara café y contesta correos electrónicos antes de emprender el camino hacia el aula XI, donde quince pares de ojos atentos la miran a las 08:00 y luego veintitrés pares a las 10:00, y así van sucediéndose ojos y bocas que hablan, y manos alzadas hasta las 15:00, de lunes a jueves. Una mujer logra su propósito: la tesis, el periplo y los trabajos de fines de semana y temporada estival para alcanzarlo. Pero tenemos que hablar de la madre, de la primera Rosario de la familia que quiso estudiar.

Es 1972 y Rosario madre tiene diecisiete años. Pongamos que es un día soleado de junio. Hace mucho calor porque Rosario madre lleva un vestido corto de flores. Le suda un poco la frente. Está sentada frente a sus padres: Rafaela y Antonio, jornaleros. Quiere decir algo, pero no se atreve. Antonio pregunta: ¿qué te pasa, hija? Rosario dice: Quiero estudiar.

—¿Cómo estudiar?

—Padre, Geografía e Historia, como la vecina Carmen.

—Pero hija...

Y no hizo falta decir nada más, ¿mudarse a la capital con qué dinero? Carmen, en cambio, sí lo hizo. Rosario

madre siguió dando clases particulares de Latín, Filosofía y Lengua a unos cuantos niños del pueblo con el propósito del ahorro y después, quién sabe, poder mudarse y asistir a las clases de la Universidad, quizás en cinco o seis años, cuando Carmen, que iba al pueblo los fines de semana y le hablaba de Heródoto y Cicerón, de cortes topográficos, ríos y bosques, y fantasmas que decían buu, lograrse licenciarse en la primera promoción. Toda su familia tiene colgada la orla en el salón. Rosario madre no perdió la esperanza hasta que se quedó embarazada de Rosario hija y ya fue posponiendo todo el deseo de estudio.

Rosario hija lo tuvo algo más fácil. Recuerda el salón de la casa familiar repleto de estanterías: Historia, Arte, Filosofía, Geografía, Miguel Delibes, María Zambrano, García Lorca, Concha Méndez, Rosa Luxemburgo y así hasta los mil y pico libros. Rosario madre se casó con el librero del pueblo y la familia siempre estuvo preparada para las Humanidades y el pensamiento crítico. Rosario hija fue feliz, fueron felices a pesar de que el sueño de la madre se iba haciendo cada vez más pequeño, más pequeño, pequeñísimo, hasta parecer un punto minúsculo lejano. El sueño de Rosario madre se volvió una motita de polvo en el lomo de *La historia del arte* de Gombrich, tercer libro, cuarta balda, estantería central: ARTE.

Es 2022 y Rosario hija acaba de conseguir la plaza de titular, se la ve resplandeciente, casi brilla en la oscuridad. Celebra, ríe, llora un poco de emoción, llama a Rosario madre, dice: «mamá, por fin». Hoy es un lunes

caluroso después de un domingo esplendoroso, feliz. Rosario hija pone la cafetera en el fuego, abre el correo, lee:

Buenos días, hija:

Me acabo de matricular en Historia del Arte. Vuelvo a agradecerte la ayuda con la prueba de acceso. Hay que ver, después de cincuenta años... Aún tengo en un cajón los apuntes de Carmen, tu profesora de Historia Contemporánea y Barroco. Quizás también los necesite ahora.

Te he congelado cocido, carne en salsa y estofado. Un táper me queda nada más, acuérdate de traer la próxima vez.

Un beso y ánimo.

Hoja sin marcar

CÉSAR AUGUSTO RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

Los estudiantes se levantaron con un rechinar de sillas, entregaron los exámenes y salieron del salón. Efraín escuchó sus voces alejarse por el corredor, organizó el montón de hojas sobre la mesa y comenzó a calificar. Encontró en las respuestas desde una nula hasta una aceptable comprensión del tema, con excepción de una hoja, que lo dejó perplejo: redacción impecable y un análisis tan elaborado, que el autor aprovechaba incluso para criticar sus métodos como docente, los cuales consideraba anticuados y aburridos. Sintió cómo la indignación se esparcía por su cuerpo y quiso saber quién había escrito la hoja, pero no estaba marcada.

Esa noche no durmió bien. Por más que lo intentó, no pudo dejar de pensar en la hoja.

Para la mañana siguiente estaba preparado; la estrategia era simple, el estudiante que no recibiera su examen sería el autor de la hoja. Los entregó uno a uno y al terminar, descubrió confundido que todos habían

recibido su examen y él continuaba con la hoja sin marcar en la mano. Revisó el listado de la clase y comprobó que no faltaba nadie. ¿Cómo era eso posible? Se abalanzó y le arrancó el examen al estudiante que tenía delante, luego al que estaba al lado y así continuó hasta recuperarlos todos. Encima de la mesa, comparó la escritura de la hoja con la de los exámenes; los trazos de algunas letras presentaban similitudes, pero nada que fuera concluyente. Era obvio que el autor había cambiado la forma de su escritura; sin embargo, no veía entre los estudiantes alguien con la capacidad para redactar ese texto, y menos, escribir al mismo tiempo unas respuestas diferentes en su propio examen. Un murmullo le hizo levantar la mirada. Los estudiantes lo observaban y él sintió que debía decir algo, por lo que dio indicaciones para que continuaran con la lectura del libro, recogió las hojas, las guardó en la maleta y salió del salón.

Abrió la puerta de la sala de profesores y, sin decidirse a entrar, esperó a percibir alguna risa o al menos una mirada delatora. Pero los pocos que voltearon a mirar de inmediato volvieron a sus lecturas, a sus conversaciones o a sus tazas de café. Hizo un reconocimiento de los presentes, no tenía confianza con la mayoría; los de su generación, casi todos ya se habían jubilado. Solo quedaban Manuel y Amalia: el primero estaba enfermo y no había ido a la Universidad esa semana, y la segunda, sumida en la revisión de una antología de poesía decimonónica, no tenía la personalidad para ese tipo de bromas.

Un olor a comida, que llegaba desde la planta baja, lo guio hasta el comedor. No tenía hambre, por el contrario, había perdido el apetito. Pidió una infusión de manzanilla para lidiar con los nervios y se sentó en un rincón, sacó un libro, colocó en su interior la hoja sin marcar y volvió a leerla. El lugar era bastante agitado, las personas entraban y salían todo el tiempo, unas risas acá, unos gritos allá y un rumor de voces que permaneció durante toda la mañana y que fue disminuyendo a medida que el sol descendía detrás de los edificios. Intentaba relacionar indicios que le resultaban inconexos y, a su vez, esperaba que en cualquier momento el autor de la broma entrara o se levantara de su asiento y revelara su identidad. Pero nada de eso ocurrió. Cuando se encendieron las luces, decidió que era hora de marcharse. Rumbo a su apartamento, se detuvo en varias ocasiones para comprobar que nadie lo seguía.

Esa noche se despertó repetidas veces de un mismo sueño. Al levantarse en la mañana, tan solo recordaba las imágenes de múltiples rostros que se reían de él.

Llegó al salón con tiempo para revisar de nuevo la hoja; ese tono crítico e idealista le resultaba conocido, pero por más que se esforzaba no lograba recordar a quién pertenecía. Por eso, y porque aún no tenía nada claro, decidió volver a indagar entre los estudiantes, que para ese momento ya habían llegado y conversaban en pequeños grupos o permanecían en silencio observando sus celulares. Les pidió a todos que salieran y esperaran afuera, con excepción de una muchacha, a

la que señaló porque no pudo recordar su nombre. No sospechaba de ella en particular, tan solo quería interrogarlos por separado para ver sus reacciones. Cerró la puerta, acomodó una silla junto a la mesa para que ella se sentara y él se sentó del otro lado. La muchacha tenía el cabello pintado de colores, *piercing* en la nariz, tatuaje de dragón en el cuello y medias de malla que parecían telarañas viejas. La apariencia propia de una rebelde, que utilizaba lo que la moda establecía como adecuado para la rebeldía. Se vio a sí mismo con el pelo largo, las botas de puntera y los *jeans* entubados que utilizaba cuando era joven; su antiguo uniforme de rebelde, que con los años se había transformado en otro uniforme, el de la formalidad.

Efraín se refregó los ojos, y en lugar de preguntar por la hoja, le preguntó a la muchacha cómo se sentía en su clase. Indecisa, ella contestó que bien y, ante la insistencia de él, agregó que a veces se aburría. Algo similar ocurrió con los demás estudiantes. Al comienzo no pasaban de la respuesta diplomática, pero cuando se sentían en confianza manifestaban sus inconformidades, las cuales se extendían a otros profesores, al sistema educativo, a sus propias familias y a la sociedad. A pesar de que Efraín no pudo identificar al autor de la hoja, encontró similitudes entre lo que allí estaba escrito y lo que los estudiantes decían; una desmotivación compartida, experimentada también por él cuando era joven. Recordó que, en una ocasión, incluso había realizado una crítica al profesor en las respuestas de un

examen... Buscó su libreta de apuntes, la abrió y colocó encima la hoja sin marcar, era la misma letra.

Cuando era estudiante, su profesor realizaba ese mismo examen. Él había aprovechado las respuestas para escribir una crítica de la clase, pero por temor a las represalias no colocó su nombre y al final ni siquiera entregó la hoja. Obtuvo cero en esa nota, y decidió guardar la hoja como un símbolo, que le recordara aquello en lo que no quería convertirse. Pero lo había olvidado, y con los años olvidaba cada vez más cosas. Tal vez esa era la manera en que las personas se iban convirtiendo en aquello que no querían. Con la hoja entre sus manos, se dio cuenta de que había vivido muchos años con temor de que llegara ese momento.

Hizo entrar a los estudiantes. Lo mejor sería continuar con la clase. Buscó el libro en su maleta y vio que tenía guardados unos exámenes que ya estaban calificados, los sacó y los repartió uno a uno, hasta que todos los estudiantes recibieron el suyo. Pero le faltó entregar una hoja, que aún no había calificado y que estaba sin marcar. Qué raro, pensó, y revisó el listado de la clase para descubrir con sorpresa que no faltaba nadie.

En busca de vocación

RAFAEL LÓPEZ SORIANO

Nunca tuve vocación. Quise ser astronauta, ciclista, soldador, cupletista, alquimista y trota-mundos, sin decantarme por ninguna. La inercia hacia ningún lugar me invitó a cursar ciencias experimentales. Encontré el gusto a teoremas, corolarios e interminables demostraciones en pizarra. Me divertía desentrañar los acertijos escondidos tras la topología y las ecuaciones diferenciales. Pasaba las tardes en la biblioteca bregando con bolígrafo y papel. Expectante aguardaba los retos propuestos en los exámenes. Al convertirme en un licenciado sin saber cómo emplear su licencia, descubrí que no tenía lugar donde mostrar los conocimientos adquiridos.

Un catedrático enérgico sugirió un máster sobre análisis funcional y aplicaciones físicas. Compaginé los estudios con una beca con la que indagué en la generalización del concepto de derivada. En el momento de titularme seguía sin vocación ni asentamiento. Medité

la alternativa del sector privado, pero me atemorizaba abandonar los muros del conocimiento, alejarme de la sabiduría silente de los mamotretos que colmaba las estanterías de la biblioteca. Decían que quien marchaba rara vez regresaba.

El profesor de Cálculo Variacional me propuso realizar una tesis doctoral dentro de un proyecto que aún me cuesta esclarecer: *Flujos de curvatura media para variedades riemannianas*. Gracias al contrato predoctoral me independicé. Alquilé un estudio y pasé noche y día intentando descifrar el calado de aquellos flujos y su aplicabilidad a distintas estructuras geométricas, muchas de las cuales solo cobraban sentido en los recovecos más lejanos de la abstracción.

Los cuatro años de doctorado pasaron volando. Una mañana de primavera me encontré en una sala abarrotada defendiendo mi tesis doctoral, cuyo título omitiré para no abusar de la confianza del lector. Introduje el estado de la materia, recité nuestros resultados y traté de ofrecer una perspectiva de la estrategia argumental. A continuación, me sometí al escrutinio del tribunal. Especialmente indagador estuvo Arturo Luque, una eminencia en el campo, procedente de la Universidad de Córdoba. Sus preguntas reflejaban un torrente de entusiasmo que estuvo a punto de hacerme naufragar. En varias ocasiones creí bordear el ridículo, que mi tesis se deshacía como un azucarillo en un saladar, que ante el protocolo académico mi verdad sería brutalmente desenmascarada: solo era un impostor que

había tenido la insensatez de nadar en aguas demasiado profundas. Afortunadamente, me armé de coraje contra las oleadas, mis explicaciones surcaron el vendaval y atraqué a salvo en las orillas del sobresaliente. Fuera de la sala de defensa, mientras paladeaba las mieles de mi condición de doctor, volvió a rondarme el pensamiento de carecer de vocación, el cual empezaba a obsesionarse. Allí apareció el profesor Luque.

—Muchacho, enorgullécete, te has defendido como gato panza arriba. Espero no haberte apretado demasiado...

—No se preocupe, Arturo. Era su cometido.

—Me alegra. Hay quienes no soportan la presión y acaban teniendo pesadillas. Luego me pasan las facturas de sus terapias —bromeó el docente—. El rigor y el espíritu crítico es fundamental en nuestro cometido. ¿Has pensado qué hacer?

—Supongo que celebrarlo y descansar.

—No, muchacho, me refiero a tu carrera. ¿Qué proyectos tienes en mente? ¿*Postdoc* internacional? ¿Asentarte en España? Medítalo, este paso es decisivo para alcanzar las cotas más altas.

—No lo he pensado, Arturo. En realidad, no tengo donde ir —contesté, confirmando estar en la casilla de salida otra vez.

—Mi universidad va a abrir una convocatoria de ayudantes doctor. Me encantaría que participaras y en caso de conseguirla te enrolaras en mi proyecto.

Jamás había puesto un pie en Córdoba. Como referencias tenía su mezquita, el Guadalquivir y las lluvias de flama estivales. Siguiendo el consejo de Luque, presenté mi candidatura y resulté merecedor de una plaza en el departamento de Matemáticas, ubicado en el campus de Rabanales, al noreste de la capital. Me trasladé hasta Córdoba en busca de esa vocación que resistía a revelarse. Al menos, una de mis preocupaciones, la de establecer un destino, se había disipado. En la otrora capital de Al-Ándalus descubrí imperios debajo de sus pies, que mayo podía ser eterno, una judería de plazas y callejas que describían geometrías incomprensibles para la razón y que la alegría se servía en raciones de flamenquín y berenjena frita.

Mi llegada coincidió con la conmemoración del 50º aniversario de la fundación de la Universidad. Se trataba de una institución joven, rebotante de talento y ganas de situarse en el mapa de la excelencia. En mi faceta didáctica tuve que devolver una parte de lo que años atrás mis predecesores me habían legado. Dada mi condición de novel, asumí docencia en la Escuela Politécnica y en Ciencias de la Educación, en las que un profesor de matemáticas era sinónimo de enemigo para los estudiantes. Eran años especialmente difíciles para la universidad y el conocimiento. La inmediatez y la superficialidad que subyacían de los avances tecnológicos, la falta de expectativas y la acentuación de la desidia, sumía a parte del alumnado en una indiferencia solidificada en un consistente cascarón.

Compartí aquellas impresiones con el profesor Luque, con quien había comenzado a publicar y a engordar currículum.

—Muchacho, la juventud está fatal —contó Luque—. Tienen sorbido el seso con tantas redes sociales, series y fiestas. No les culpo, demasiada sobreprotección y condescendencia. Son más flojos que un muelle de cuerda. Pero despreocúpate, tu cometido es otro.

—¿Otro? Pensaba que nos ocupábamos de formar su raciocinio.

—Olvídate, es una batalla perdida. Tú solo contra el mundo. Acabarás quemado. Verás, muchacho, la universidad y el sistema se ordenan en una suerte de pirámide: los parias están abajo y los triunfadores arriba. Para escalar, uno no puede cargarse de remilgos. Tu misión es producir, sacar *papers* y obtener proyectos y becarios. Cuantos más, mejor. Un día te convertirás en titular y con paciencia en catedrático. Desde lo alto de la pirámide contemplarás el maravilloso horizonte, con un chalé equipado con piscina y jardín, coche nuevo en el garaje y puros habanos y whisky escocés de veintiún años de maduración en el bargueño. Incluso podrás optar a ser decano o vicerrector o retirarte a una isla paradisíaca mientras tus becarios imparten tu docencia.

Todo parecía dispuesto para que mi vocación fuera convertirme en escalador de aquella pirámide. Además, la ayuda del profesor Luque haría las funciones de arnés, cuerda y mosquetón. No obstante, cuando recibía a un alumno en tutoría y constataba que titubeaba con

el significado de convergencia, que no sabía expresar un razonamiento o que las nubes sobrevolaban su mente, olvidaba la pirámide y razonábamos en la pizarra hasta perder la noción del tiempo. Tampoco escatimé cariño preparando las clases.

Paulatinamente, mi productividad descendió y Luque perdió el interés en colaborar. No tardaría en encontrar a otro joven investigador dispuesto a ascender a la cima a pulso si era menester. He de confesar que nunca me arrepentí, pues en la base de la pirámide se encuentran los ávidos de conocimiento, los que preservan intactas las ganas de descubrir y los que mantienen el cuello flexible para cuestionarse su propio rumbo.

Y así, sin vocación inicial y mecido por la casualidad, fue cómo encontré mi cometido, la cual podríamos convenir como vocación. Ahora me encuentro cercano al retiro y la universidad ha cambiado, pero no lo suficiente como para que mi labor siga entusiasmándome cada día.

Córdoba, año 2064.

Cachivaches

FAUSTINO LARA IBÁÑEZ

Mi labor empieza cuando el bedel cierra las puertas del edificio. He perdido la cuenta de los años que llevo limpiando las aulas, los pasillos, los despachos, los aseos y todos esos rincones y pequeños cuartos y almacenes de la Facultad de Químicas que suelen estar llenos de objetos y cachivaches que alguien deja ahí, siguiendo una rutina, o bien porque ha decidido desprenderse de ellos de una manera voluntaria y, en vez de arrojarlos a la basura, los deja en un sitio concreto para que el servicio de limpieza, en este caso yo, se desprenda de ellos, o bien porque se han ido quedando sin una utilidad práctica en el día a día de este centro universitario, y que solamente yo reconozco como si fueran parte de mí misma; objetos y cachivaches que se van amontonando casi siempre sin orden ni concierto, pero que dice bastante de las personas que han pasado y pasan por aquí muchas horas de sus vidas. Es una de las ventajas de llevar trabajando tantos años en

el mismo sitio: sentir que los objetos llevan algo de ti y que, al mismo tiempo, no puedes evitar llevar algo de ellos que, en cierto modo, los identifica como parte singular de un todo. Por eso no es raro que, a veces, me ponga a fregar suelos con esa peluca de rizados pelos naranjas que usó el anciano catedrático Olarte con un gracejo desacostumbrado para sus costumbres de tipo serio y distante más de veinte años atrás, durante la celebración de unos carnavales que, según anunciaban los carteles y las octavillas que el personal docente y el alumnado distribuyeron por la Facultad, serían los Carnavales de la Concordia y la Felicidad, después de oscuras décadas en las que el miedo y la incertidumbre habían campado a sus anchas. Otras veces, después de limpiar afanosamente los cristales de un pasillo para dejarlos sin una sola huella, me creo una científica de postín rescatando de un cuarto adjunto al laboratorio probetas, tamices, embudos, matraces y otros objetos con los que me entretengo a mi manera y que la profesora Palacios usó durante los más de veinticinco años que ejerció su labor educativa y que, tras su repentino fallecimiento, alguien dejó de utilizar y guardó no sé si por respeto y como homenaje hacia la muerta o, simplemente, se olvidó de ellos y adquirió otros útiles más modernos con los que seguir haciendo los ensayos y las pruebas que ella hizo durante su etapa universitaria. Otras veces, mientras hago un breve descanso, me siento frente a una pizarra llena de fórmulas y palabras muy raras que han sido escritas por el profesor

Escalante. con sus trazos uniformes, perfectamente legibles, sin borrones, e intento descifrar por mí misma el significado de todo aquello, y la verdad es que siempre encuentro para esas fórmulas y palabras alguna explicación lógica y sensata que me hace pensar durante unos instantes que yo también podría llegar a ser una gran química, como quienes estudian y enseñan en esta Facultad; sin embargo, cuando vuelvo a empujar el carro que contiene los productos de limpieza y vuelvo a mi tarea, me doy cuenta de que todos tenemos nuestro particular hueco en este mundo, y debemos saber cuál es y dónde está para evitar sentirnos desubicados. Esto no quiere decir que a veces nos guste jugar con los sueños y ser partícipes de una realidad paralela que, en el fondo, tiene mucho que ver con aquello que añoramos o que ineludiblemente suele acabar remitiéndonos a la infancia, como cuando me pongo muy grave y solemne, como solía hacer mi abuelo Sebastián, usando la pipa que Manzaneque, el orondo director de la Facultad, tiene sobre una estantería en la que se acumulan decenas de libros y revistas científicas, o cuando me pinto mucho los labios de rojo, como lo hacía mi tía Remedios, con la barra que la profesora Millán siempre tiene sobre el escritorio de su despacho, o cuando me pongo un traje de princesa similar al que yo tenía cuando era niña y que la profesora Vilches usó durante unas jornadas culturales en las que se hicieron numerosas representaciones teatrales en el auditorio de la Facultad, y en las que toda la comunidad universitaria se involucró de

una manera u otra para reivindicar el poder unificador de la Cultura. Otras veces me entretengo sencillamente removiendo y cambiando de sitio los pequeños cachivaches que se acumulan en cajas en el cuarto de los objetos perdidos, y que son todos aquellos que se han ido quedando olvidados en un pupitre, en una percha o en el alféizar de una ventana y que, después de pasar un tiempo prudencial en la Secretaría, no han sido reclamados por nadie. A veces, también me pongo los auriculares del mp3 que me regaló mi hija para mi último cumpleaños, y escucho las canciones que ella misma se encarga de descargar y renovar cada cierto tiempo con los temas que a mí más me gustan y que no parecen encajar entre sus prioridades musicales, aunque ella es muy disciplinada y siempre acepta mis preferencias. Es una manera más de sentirme acompañada mientras realizo mi trabajo y entablo divertidas conversaciones con carpetas, bolígrafos, reglas, lapiceros, libros, rotuladores y folios garabateados que, como si formásemos una cooperativa afectiva, parecen mostrarme unas sonrisas muy sinceras, sin retorcidas ni calculadas ambigüedades, y que al principio pronuncian muy bajito mi nombre, como si creyeran que alguien pudiera escucharnos y llamarnos la atención, pero que pronto se sienten con la libertad suficiente como para contarme todo lo que ha sucedido en la Facultad durante el día. Yo aprovecho para tirarles de la lengua y ellos siempre responden a mis expectativas, hablándome sin tapujos de amoríos, rencillas, aventuras, odios y rencores, con

una pasión muy auténtica y redentora. Me hablan del nerviosismo y de la ilusión que sienten quienes cursan su primer año en la Facultad, de lo bien que se lo pasan haciendo nuevas amistades y aprendiendo todos aquellos conceptos que, con el tiempo, les convertirán en profesionales de la Química. También me hablan de la incertidumbre, del miedo y del vértigo que sienten quienes están cerca de finalizar su etapa universitaria para acceder al complejo mundo profesional. Y como se enteran de todo, también me hablan de las manías, fobias, gustos y preferencias que tienen quienes configuran la comunidad educativa y el claustro docente, y de algunos líos amorosos extramatrimoniales que mantienen entre los muros de la Facultad. A veces, especialmente cuando están muy habladores, tengo que cortar drásticamente la conversación y seguir con mi trabajo para que mis superiores no me pongan una falta y poder llegar al último autobús que, ya bien entrada la noche, me lleva a casa.

Y así, limpiando la Facultad de Químicas e interactuando con todos los objetos y cachivaches que aquí conviven, se me pasan los días, las semanas, los meses, los años y todas las jornadas de trabajo de una manera muy amena y divertida que me permite sentir el orgullo de vivir la vida con una naturalidad que tiene algo de destino luminoso y celebrativo y que yo, por supuesto, acepto encantadísima.

Un viejo amor

SOLEDAD SÁNCHEZ FLORES

Cuando llegó septiembre, no te costó trabajo meter las maletas en el autobús y poner kilómetros de distancia. No muchos. Los justos. Cada maleta que subías, un peso menos que llevabas a tus espaldas. Te habías criado en un pueblo en el que te preguntaban «¿tú de quién ereh?» y, al responder con el apellido de tus padres, quedaban el descubierto las intimidades de tu árbol genealógico, desde la abuela de tu bisabuela hasta tus sigilosos devaneos del fin de semana pasado.

Cruzaste la Puerta de Almodóvar como un perro hambriento, querías comerte Córdoba y no sabías por dónde empezar. El primer año eras tú un lunes vaciando medio bote de mayonesa en las patatas fritas para cenar, eras tú un martes tomando una caña para digerir las dos horas de Teoría de la Literatura que te habías tragado, eras tú un miércoles quedando con un grupo de erasmus en busca de nuevas experiencias, eras tú un jueves llegando tarde a Filosofía y Letras porque

te habías liado hasta entrada la madrugada, eras tú un viernes dándolo todo en Góngora y un sábado desayunando sobras de pizza resecada de la noche anterior. Fuiste tú un domingo viendo una montaña de apuntes sin estudiar, pero también tú sin tener que darles explicaciones a tus padres de cualquier mala decisión.

Entonces llegó él. Los exámenes de junio estaban cerca y coincidisteis en la biblioteca de la Facultad. En la puerta, tú bebías capuchino de máquina y él fumaba tabaco de liar. Os mirasteis. Os sonreísteis. Os pedisteis los números. Y desde ese momento supiste que estarías con él y que no volverías al pueblo. Pero volviste al pueblo. No tenías dinero y tus padres te habían castigado. Pasaste el verano encerrada porque te habían quedado dos troncales y porque la gente del pueblo te aburría demasiado: ayudabas a la abuela a coger tomates y sandías de la huerta, pasabas las tardes viendo HBO y leyendo libros que nunca terminabas, y cada cinco minutos, mirabas el móvil. Siempre alguna conversación pendiente con él. Tus amigos te llamaban para verte a ti, pero tú solo querías volver a Córdoba y verlo a él.

Al regresar, él te dijo que te había echado de menos y tú le confesaste que tenías ganas de más. El segundo año no fuiste tú, fuisteis vosotros durmiendo juntos en camas de 90, declarándoos secretos al oído, compartiendo cuerpos, horas de estudio y cuencos de palomitas frente a la pantalla del ordenador. Erais vosotros de la mano buscando una sombra en las Tendillas, vosotros comprando vino barato para la noche y

zumo de naranja exprimido para desayunar, erais vosotros guardando euros en una hucha para hacer vuestro primer viaje como pareja oficial. Ese año desapareciste del grupo de WhatsApp de los amigos del pueblo, también disminuiste las salidas nocturnas entre semana y tus notas empezaron a destacar. Cuando llegó julio, volviste a casa como el que va camino del matadero. Pasaste el verano encerrada, y esta vez no fue porque te hubieran quedado dos, sino porque la aventura a Nerja con tu novio les había costado un disgusto a tus padres. No te importó, lo usaste como excusa para no quedar con los pocos amigos que te quedaban en el pueblo. «¿Botellón el sábado?». Preferías ayudar a la abuela a coger jazmines para espantar a los mosquitos en la noche y *stalkear* a tus amigos de Córdoba en Instagram. Ya casi nadie preguntaba por ti, y a ti eso tampoco te importaba demasiado.

En el septiembre de tu tercer año, te costó trabajo subir toda la mudanza e instalarte en tu nuevo piso de Ciudad Jardín. Una maleta grande, otra de mano, un saco con las toallas, edredón, juego de sábanas, una caja con apuntes y un mensaje de WhatsApp: «no puedo esperar a verte esta noche». Llevabas sin verlo dos meses, pero no quedaste con él ese día, te fuiste a la Libra de cervezas con tus compañeros de la Universidad. Ese verano no solo lo habías echado de menos a él. Durante el curso, no dejasteis de ser vosotros, pero empezaste a ser de nuevo tú. Eras tú y tu gente matando el tiempo durante Historia de la Lengua en la cafetería

de la Facultad, eras tú dándole calabazas a otros en una noche de chupitos en el Velouria, eras tú en el Tablero eligiendo cualquier película que seguramente ibas a olvidar, tú de tiendas en la calle Cruz Conde para estrenar el fin de semana, tú de botellón en casa, tú riendo a carcajadas y, entre trago y risa, respondiéndole un WhatsApp a él. Eras tú dándole explicaciones por no poder veros tan a menudo como antes. Erais también vosotros abrazados al dormir, cenando del Tatá Piza en la cama y duchándoos con agua fría después del sexo frente al ventilador. Fue él quien te pidió que te quedaras en Córdoba ese verano y fuiste tú la que quisiste, pero no pudiste quedarte. En el mes de julio tus padres te hicieron una fiesta por tus notas y él te anunció que había decidido irse de erasmus a Alemania.

Tu cuarto año fue tu último año, rápido, doloroso, extático. Eras tú viendo fotos de él en un lugar que tú no estabas y con gente que tú no conocías y agarrando a chicas que no eras tú. Eras tú cancelando los billetes de avión en Navidad y diciéndole «adiós» por *WhatsApp*. Eras tú pensando mucho en él. Pero también eras pasando páginas del calendario, anotando fechas de exámenes, planeando el viaje a Italia con tus amigos en agosto, tú viendo el último amanecer de las Cruces de Mayo. Eras tú bajo el sol de junio echando currículos para no tener que volver en verano al pueblo, tú organizando una fiesta de despedida con los que habían sido tus inseparables, tú haciendo el discurso para la graduación y abrazando a profesores que te

habían evaluado, enfadado, argumentado, escuchado y mostrado puertas abiertas que antes no veías. Fuiste tú en una foto en la fachada de la Facultad.

Llegó julio y tus padres vinieron a ayudarte con la mudanza. Fue la primera vez que pasaron el día contigo allí. También fue la última. En el coche, miraste por la ventanilla y te echaste a llorar. No tenías dinero. No tenías trabajo. Aún esperabas la resolución de alguna beca. Volvías irremediabilmente al pueblo y no era por él por quien llorabas. Habías sido novata, independiente, infantil, adulta, habías sido una amazona cabalgando sobre tierras por conquistar. Él solo había sido una parte más de ese territorio que habías hecho propio. Siempre fuiste tú, abriéndote al mundo a través de tu carrera y haciendo de Córdoba el territorio de tu libertad.

Y un día, tú regresarás y la mirarás como la mirabas esa tarde a través de las lágrimas y de la ventanilla del coche. Como dos viejos amores del pasado que se desnudaron, que se nutrieron y que se hicieron uno al otro, uno con y frente al otro. Dos viejos amores que se reconocen, que se extrañan, pero que ya no se pertenecen.

Fundamentos de la Lógica Universitaria

MARIANO ANDRÉS LIBERAL ALVEOLITE

Me dijeron que hablara con Ramiro que estaba en tercero. Ramiro me dijo lo típico, que en todas las carreras hay huesos y que en Filosofía los huesos eran la profesora La Torre, de Sociología I y II, y Menéndez de Lógica y Filosofía del Lenguaje.

—Con La Torre yo ni me esforzaría —me dijo—. No sigue ningún criterio, la mayoría de los alumnos se sacan sus asignaturas cuando se van de Erasmus. Por cierto, empieza a ver ya desde primero dónde irte de Erasmus, que, si no lo haces, luego te vas a arrepentir.

—Lo haré. Y con Menéndez, ¿vale la pena esforzarse? —le pregunté.

—Sí, aunque eso de «valer la pena» es relativo, quiero decir, con él al menos se puede aprobar aunque cueste mucho, con la profesora La Torre uno ya no sabe realmente qué hacer, aun haciendo todo lo que pide y haciéndole la pelota al final te suspende, algunos dicen que lo mejor es pasar de ella y hacer un buen examen,

pero tampoco vale la pena, los pocos que aprueban no saben ni ellos mismos cómo lo han hecho y si han hecho algo distinto respecto de los demás... Dicen que la razón de fondo es que odia a los estudiantes, porque el profesor Mola, el de Estética, que es su ex marido y con el que tiene un hijo, le fue infiel con una alumna, y que por eso odia a las alumnas, porque le recuerdan a la amante, pero también odia a los alumnos porque le recuerdan a Mola... A Mola lo tendrás a partir de tercero, un chulo playa de mucho cuidado que no hace sino hablar de películas y destriparte los finales dando por hecho que todos las han visto...

Luego supe que esos comentarios y rumores no eran cosa de Ramiro, y que pese al revestimiento de seriedad intelectual que rodeaba a la Facultad de Filosofía, nada había que causara más entusiasmo que los cotilleos. Ignoro si en el resto de las facultades sucede lo mismo. Por aquel entonces mis intereses eran mucho más pragmáticos.

—¿Qué tengo que hacer entonces para aprobar con Menéndez? —le pregunté.

—A ver... Lo primero, yo diría, es ir a clase, es fundamental que te vea y que te conozca, y después tienes que hacer los ejercicios y entenderlos, vamos, que de eso no te salva nadie. Es bastante complicado la verdad, a mí operar no se me daba mal, hasta me relajaba, porque puedes hacer los ejercicios escuchando música incluso, algo que resulta imposible si tienes que leer a Hegel o Heidegger. El inicio del curso con la lógica

proposicional y las tablas de verdad resulta, de hecho, bastante sencillo, pero luego cuando empieza con la consistencia y completitud de Gödel o con las lógicas plurivalentes de Łukasiewicz la cosa se pone un poco terrible, aunque si yo aprobé alcoholizándome brutalmente todos los fines creo que está al alcance de cualquiera... También es cierto que Menéndez es un tipo especial, una vez nos lo encontramos en el bar de la esquina, *El Retiro del Campus*, le invitamos a que se sentara con nosotros y la verdad es que fue bastante incómodo, no es que sea la persona más sociable del mundo, algo que parece prácticamente imposible en un catedrático de Lógica. Esa vez nos dijo que detestaba evaluar, que nada le parecía más injusto y más alejado de la enseñanza que evaluar, que el hecho de verse forzado a juzgar a otras personas era una imposición que le repugnaba en grado sumo, y estuvo un largo rato hablando de eso, y desde entonces yo creo que Menéndez, aunque sea un hueso, es el profesor más digno de toda la Facultad... Al parecer lo quisieron contratar en Harvard y en otras universidades de Estados Unidos y se negó a ir, las rechazó sin pensárselo dos veces, algunos dicen que incluso le propusieron trabajar en la NASA, aunque eso a mí ya me suena demasiado a trola, aunque podría ser, quién sabe, desde luego si la NASA decidiera contratar a alguien de nuestra Facultad, ese sería sin lugar a dudas Menéndez...

Así supe de las particularidades de Menéndez, mucho antes de conocerlo en persona y corroborar la

veracidad de lo que me había contado Ramiro. Esa charla que tuve con él volvió a mí de forma intrusiva varias veces a lo largo del día. La primera vez mientras corría como un energúmeno por la Avenida Villamayor sabiendo que llegaba tarde. Después mientras me contaron lo que tristemente me perdí y no pude presenciar. Y luego una última vez por la noche, mientras me fumaba un cigarro y reflexionaba sobre lo que nos había dicho; a mí también, aunque no estuviera presente.

Ese día llegué diez minutos tarde y la clase ya había terminado. En realidad, no había habido clase como tal. Menéndez, que solía ser sumamente puntual, se presentó con tres minutos de retraso. De acuerdo con algunos: oliendo a alcohol. No se quitó la gabardina y sin dilación cogió una tiza y se puso a escribir unos versos en la pizarra, y después una frase, justo al lado.

—¡Eso es Rilke! —grito—. ¡Eso es Rainer María Rilke! Y es mucho más importante que cualquier cosa que yo les pueda enseñar. Es más importante que cualquier cosa que os pueda enseñar cualquiera de todos los pretenciosos profesores que tenéis.

Luego amagó a irse para volver y rematar la escena con otro grito:

—¡La Universidad degenera! ¡Vosotros, los alumnos también degeneráis! ¡Miradlo a aquel con su móvil! ¿Qué se supone que haces con el móvil? ¿No te das cuenta que replicas ingenuamente, inconscientemente, lo peor de la sociedad? —Se calló unos segundos,

volvió a señalar la pizarra y dijo ya más tranquilo—: Rilke, amigos, leed a Rilke —y se marchó.

Los compañeros de clase no daban crédito, y todos me contaron más o menos lo mismo con variaciones mínimas. Al parecer, Menéndez estaba enfurecido porque el decano había rechazado a una pupila suya por otra candidata cuyo currículum era notablemente peor para una plaza de profesora adjunta. Tras haber denunciado lo sucedido en su blog y montar varias escenas en algunos despachos, había rematado la jornada con los versos de Rilke. Lo llamativo es que a la semana siguiente volvió a la clase como si nada hubiera pasado, y desde entonces ha seguido dando sus clases y evaluando a sus alumnos, aunque le repugne juzgar a otras personas.

Desde entonces Menéndez ya no es sólo un hueso, ahora es también un mito. Algunos de mis compañeros se preguntan con sorna: ¿Cuál fue la *lógica* detrás del episodio de Menéndez? Yo, por mi parte, me tomo muy en serio lo que sucedió aquella mañana. Los irracionales criterios de evaluación, los asuntos personales entre los profesores, la mitificación y los cotilleos, la corrupción ante el acceso a una plaza de profesor, la pereza y la degeneración de los estudiantes, todo ello hace que no pare de preguntarme: ¿Cuáles son los fundamentos de la Lógica Universitaria?

Do ut des

MANUEL COTERÓN GONZÁLEZ

Con la inestimable ayuda de su vieja cachava, Manuel continuó el paseo mientras observaba complacido las preciosas macetas repletas de flores que adornaban las fachadas. Desde que se hubiese jubilado, recorrer las calles de la Judería se había convertido en su placentera rutina diaria. Y no sólo por la incomparable belleza del famoso barrio, sino también por el ambiente que allí se respiraba. Y es que, en la zona por la que solía deambular, al habitual ajetreo de los turistas que visitaban el casco histórico, se sumaba la vitalidad de los cientos de jóvenes que cursaban sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba.

Precisamente, fue la conversación de dos estudiantes lo primero que llamó la atención del anciano al doblar una esquina.

—... no sé ni por dónde empezar —confesó una joven.

—¿Por qué no buscas en internet? —respondió el chico que tenía frente a ella.

—Julían me lo ha dejado claro: «*Demuestra lo que has aprendido durante el curso y obtén información por ti misma, que no te haga Google el trabajo*».

—Pues no sé qué decirte, la verdad... ¿Nos tomamos unas cañas? Me acaba de escribir Pirri. Parece que Lucía y él van a ir al centro después de clase.

—Lo que parece es que tú no vas a ayudarme a buscar información sobre el 50º aniversario de la Universidad... —apuntó poniendo los ojos en blanco.

—¿Entonces te animas o no?

—No —concluyó— Necesito aprovechar la tarde y adelantar algo del trabajo.

—Como veas... si al final cambias de idea, mándame un *whatsapp* —sentenció él alejándose por una de las estrechas callejuelas.

Tras despedirse de su amigo con un vago gesto de la mano, la joven permaneció inmóvil frente al precioso pórtico de la Facultad.

—Quizás yo pueda serte de ayuda.

—¿Disculpe? —dijo girándose sorprendida. A su espalda, un anciano apoyado en su bastón la miraba con curiosidad. Por algún motivo que desconocía, su rostro le era extrañamente familiar.

—Perdona que me entrometa, pero no he podido evitar pasar por alto lo que estabas diciendo —manifestó algo avergonzado.

—¿Lo que estaba diciendo?

—Necesitas información sobre la fundación de la Universidad, ¿no es así?

La joven se limitó a asentir.

—Pues si estás dispuesta a escuchar, yo puedo dártela.

A pesar de las dudas que en un primer momento despertó la inusual propuesta hecha por el octogenario, el paso de los días en compañía de Manuel y las largas horas de conversación, terminaron por convencerla.

—...hasta mil novecientos setenta, este edificio fue conocido como el hospital del Cardenal Salazar —dijo señalando la fachada con su bastón, —poco después de perder sus funciones como centro médico, pasó a ser una residencia para técnicos sanitarios. Fue en ese preciso momento cuando la Universidad de Sevilla decidió instaurar en él dos de sus centros. Como ya estarás imaginando, en el año setenta y dos, con la creación de la Universidad de Córdoba, dichos Colegios dieron paso a la Facultad en la que hoy en día cursas tus estudios de historia.

—Por eso este año se cumplen cincuenta años de su fundación.

—¡Exacto! —al percatarse de que la joven le estaba mirando, añadió: —¿Ocurre algo?

—Me pregunto cómo puede saber tanto de la universidad. ¿Usted también ha estudiado aquí?

—Ya me hubiese gustado... pero, no. No tuve esa suerte —se limitó a contestar.

—Entonces, ¿Por qué conoce tan bien su historia?

—Llevo toda mi vida en Córdoba y, como comprenderás, hay pocas cosas que no sepa de la época que me tocó vivir. Aunque parezca increíble, cuando el Hospital dejó paso a la Universidad, yo era casi tan joven como tú —afirmó sonriendo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—¿Por qué no hice el qué?

—Matricularse en la Universidad.

Tras un momento de reflexión, el anciano volvió a hablar.

—Puede sonar a tópico, pero aquellos eran otros tiempos. Con apenas dieciséis años, tuve que empezar a trabajar como albañil y dejar de lado los estudios. De hecho, si conozco bien la historia de tu Facultad, es precisamente porque fui uno de los muchos trabajadores que participó en las obras de ampliación de sus instalaciones durante la adaptación como centro docente —después de una nueva pausa, Manuel continuó —A día de hoy, me conformo con venir a pasear por aquí. Puede que mis opciones de ser estudiante universitario hayan quedado muy atrás, pero continuó disfrutando al empaparme de la vida que desprende esta Facultad. Quizás te parezca una locura, pero siento auténtica envidia cuando os veo nerviosos porque se aproximan las fechas de los exámenes. No puedo evitar contagiarme de esa inquietud que muchos de vosotros desprendéis cuando dais el último repaso haciendo cola a primera hora de la mañana en la biblioteca —explicó sin borrar

su sonrisa —Lógicamente, disfruto mucho más cuando habéis pasado el trago y compruebo que todo ha ido bien. Aunque nadie se dé cuenta, me gusta pasear junto a las terrazas de los bares que hay por la zona y oíros hablar de lo mucho que ha merecido la pena el esfuerzo...

—¡De eso me sonaba! —le interrumpió Carmen. Al ver que Manuel la miraba extrañado añadió —Hace unos días, cuando vino a hablar conmigo, su cara me resultó familiar... usted pasea por aquí a diario, por eso reconocí su cara.

—Vivo cerca y, como ya te he dicho, me encanta esta zona.

—Por cómo habla de la Universidad, diría que va más allá.

—No lo puedo negar, me hubiese encantado estudiar y poder disfrutar de todo lo que conlleva la vida universitaria... ¿Te puedes creer que, hasta hace no mucho, uno de mis sueños era acudir a una de esas enormes aulas con grada?

Mientras Manuel recorría con ojos soñadores los alrededores de la Facultad, Carmen lo observó pensativa.

—*Do ut des* —susurró ella casi sin pensar.

—¿Cómo dices? —preguntó Manuel extrañado.

—*Do ut des*... es una expresión que curiosamente hemos comentado hoy en clase de Latín —explicó ella —Viene a significar «*doy para que des*», algo así como hacer un favor por otro...

—Pensé que la expresión era *quid pro quo*.

—Precisamente por eso ha salido el tema. La gente suele utilizar erróneamente esa frase del latín.

—¿Ves a lo que me refiero? Es por cosas como esta por las que os envidio...

—Entonces, hagámoslo.

—¿El qué?

—Aplicar el dicho —respondió cogiéndole del brazo.

—¿A qué te refieres?

—Usted me ha ayudado con mi trabajo y quiero devolverle el favor —dijo al mismo tiempo que miraba su reloj —Sígame.

Tras bordear el edificio e internarse por el pórtico de acceso, ambos atravesaron el precioso patio de la Facultad ante el asombro del anciano.

—Pero, yo no puedo... —balbuceó confuso.

Ignorando sus palabras, la joven continuó guiándolo por los pasillos hasta llegar a una inmensa aula. En el interior, un profesor y varios alumnos esperaban el comienzo de la clase.

—No soy alumno... yo no puedo estar aquí... —musitó Manuel nervioso.

—¿Sabe lo que es un «oyente»? —preguntó ella en voz baja. Al ver que su acompañante negaba con la cabeza, la joven hizo un gesto con la mano hacia una de las filas de asientos y añadió — Luego se lo explico. Ahora siéntese y disfrute.

Lejos de la Edad de Oro

JESÚS JIMÉNEZ REINALDO

Cuando terminé el examen eran ya casi las ocho de la tarde y me sentía como si hubiera estado cavando en la mina desde la salida del sol. Como solía ser común en la asignatura de Literatura Española del Siglo de Oro, las preguntas habían sido imprevisibles y, por eso, contando con la ayuda de la mochila de libros que nos permitían llevar y usar para consulta, las cuatro horas de la prueba habían transcurrido raudas como liebres. No estaba seguro del todo, pero había sido capaz de escribir nueve folios por las dos caras sobre «Silva y selva en la *Soledad Segunda*», hilando el aparente caos de la estrofa métrica de origen italiano con la necesidad de mi paisano Luis de Góngora de nombrar el mundo al completo, como quien expone el catálogo de una tienda pieza por pieza para inventariarla exhaustivamente. Mis opiniones no solo no habían sido originales, sino que habían seguido los caminos trillados de Dámaso Alonso, a quien se debía la versión

modernizada y traducida a la que la mayoría de los estudiantes recurriamos cuando la sintaxis latinizante y el léxico culto se nos atragantaban más de la cuenta. Pero, cuando ya estaba terminando, allá por la página seis de mi manuscrito, había introducido un opúsculo sobre la teoría poética de Juan Ramón Jiménez, sobre todo a partir de *Diario de un poeta recién casado*, y lo había vinculado, pese a sus numerosas divergencias con el cordobés, a la poesía culterana. Confiaba en que esos tres últimos folios, en los que también citaba a Dante, Marino y Borges, fueran lo suficientemente interesantes para que mi profesora reconociera en mí un buen lector, un estudiante aplicado y un crítico hábil.

Salí, pues, del aula llena de humo donde nos habíamos medio asado en aquella tarde de un junio avanzado. Arrastraba los pies como un deshidratado por el desierto, buscando un banco donde dejarme caer y en el que reposar la mochila con los libros del semestre, que eran las obras completas de Cervantes y Góngora. Después del esfuerzo, el sentimiento que me dominaba era el del cansancio y la sensación, una sed que creía no iba a poder saciar nunca, así de calurosos son los estíos de una tierra a la que nunca te acostumbras del todo. En aquel banco estaban algunos de mis amigos comentando el examen. Unos se quejaban de que, después de leer y estudiar tanto a Cervantes, no hubiera preguntado nada del alcalaíno; otros, de que no hubiera repetido la pregunta del año anterior, que versaba sobre la técnica del camino en *El Quijote* y que era la que

llevaban para matrícula de honor; y alguno había que ya se veía preparando el examen de septiembre porque no le había dado tiempo a estudiar la parte final del programa, que era, claro, la del autor de la *Fábula de Polifemo y Galatea*.

Dije que me había salido bien sin dar más detalles. No quería dar explicaciones, entrar en debate y tal vez descubrir que me había equivocado o ido por los cerros de Úbeda, así que rápidamente pasé a tratar temas personales y la mayoría decidió ignorarme mientras hurgaba en terrenos movedizos buscando puntos débiles en los demás, tratando así de sentirse, si no mejores, al menos a salvo del desastre. Cogí mi mochila, les di las buenas tardes y me dirigí a la salida de la Facultad, dispuesto a coger el autobús porque no pensaba acarrear tal carga literaria por las calles de la ciudad. Pero no me marché solo; Jaime salió conmigo y me acompañó hasta la parada del urbano.

—Yo creo que lo voy a aprobar —me dijo sin demasiado convencimiento.

Jaime era de esas personas que sabían ir por la vida sin demasiados problemas, de los que comprenden y aceptan las cosas tal y como son. Nunca le habían preocupado las notas altas, ni tampoco era de los que se tragaban los libros hasta con las tapas, como yo, así que entendí que estaba satisfecho y le felicité.

—Lo malo es que el examen de Comentario de Texto Literario lo tenemos este jueves y en dos días no me va a dar tiempo de prepararlo todo. ¿Tú cómo lo llevas?

—me preguntó, tal vez con la esperanza de merecer un poco de empatía.

No quise contestar a la pregunta directamente. Era por entonces mi táctica para evitar la animadversión de quienes no habían aparecido durante meses por las clases y al final querían que los animases pese a que no conocían ni el temario.

—Yo no lo veo así. Pienso que, en lugar de dos días, hay tres noches completas para prepararlo, lo que supone ganar unas ocho horas, el treinta y tres por ciento de tiempo.

—Pero, entonces, ¿hoy no vas a dormir?

—Pues claro que no. Para eso están el café y la fuerza de voluntad.

Jaime me miraba como quien se ha topado con un extraterrestre y no sabe si salir huyendo o dejar que se lo coma de un bocado inmisericorde. Yo no entendía su sorpresa, tal vez porque llevaba varios años estudiando de noche y viendo a Venus, el lucero de la mañana, brillar frente a mi ventana a partir de las cinco de la madrugada en el piso que compartía con tres colegas que también iban a lo suyo.

—Tal vez tengas razón. Tendría que probarlo, pero en mi casa, donde la vida es una sucesión de normas rígidas y burguesas, no me lo van a tolerar. ¿No me harías un sitio por estos días en la tuya? Podríamos ayudarnos y la colaboración seguramente nos resultaría más productiva a ambos.

Lo último que yo quería era complicarme la vida, máxime con el último examen del curso, pero también era consciente de lo aburridas que resultaban las largas horas de estudio encerrado en una habitación y sin poder hablar con nadie. Y Jaime me gustaba, me había gustado desde que lo conocí el curso anterior y nos habíamos hecho colegas. A veces, me asaltó la idea como una ráfaga fugaz, hay que complicarse la vida para no arrepentirse después.

—De acuerdo. Te vienes conmigo ya esta noche y empezamos después de cenar, siempre y cuando estés dispuesto a seguir mi ritmo. El concepto de *literariedad* será lo primero que veamos, porque el profesor le ha dado mucha importancia y es la base de su interpretación teórica.

—De acuerdo, tú mandas y yo obedezco. Estas tres noches seré tu esclavo...

Pasar de la cosmovisión de Góngora a los tropos literarios y a la estructura de los textos en solo tres horas no resulta fácil, excepto si eres un estudiante acostumbrado a saltar de trinchera en trinchera. Y pasar de los versos de Góngora a los besos de amor inesperados resulta complicado si los tienes que compartir con la Teoría Literaria. Pese a todo, quién lo hubiera dicho en el Siglo de Oro, fueron noches de amor y metáforas, de café en los labios, de Venus en el horizonte, de folios que llevan escritos los signos de nuestra civilización y piel desnuda. Añoro hoy aquellas noches lejos de la soledad primera, lejos también de la segunda.

CATEGORÍA JUNIOR

Torbellino

ESTHER GÓMEZ VERGARA

1er Premio

Milena se adentró en la biblioteca de la Universidad. Allí reinaba el silencio, los muros dejaban atrás el sol para dar paso al brillo artificial del lugar. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse al cambio de luz. Afuera, el verano robaba unos días de más al otoño y achicharraba a los viandantes que se atrevían a pasear por la calle a esa hora de la tarde.

—¿Carné? —inquirió el guardia impasible.

Milena extendió la tarjeta mirando por encima de su hombro dubitativa. Era la primera vez que pasaba desde que empezó el curso.

—¿Eres de primero? —Asintió. El hombre le devolvió el carné y señaló hacia la ventanilla del fondo. —Allí te explicarán cómo va esto.

Se acercó a la ventanilla. Tras el cristal se oían las voces vivarachas de dos mujeres de mediana edad. La más cercana al cristal, una mujer bajita, de pelo corto

y ojos claros, se giró a ella y tras escanear sus pintas de adolescente perdida adoptó una mirada afable.

—¿Es tu primera vez, cariño? —asintió como lo había hecho con el guardia. —Espera un momento, que salgo y te explico cómo va esto.

La mujer abrió la puerta con agilidad y se colocó a su lado. Luego, con paso ligero se adentró en las largas filas de estanterías seguida por la estudiante.

—El camino del estudiante universitario es precioso y las aventuras que vivirás en esta biblioteca lo son aún más. ¡Aún recuerdo la primera vez que me absorbió un libro! Fue una experiencia inolvidable.

—¿Absorber?

—Cierto, te tengo que mencionar esa parte. Los libros que atesoran conocimiento son pasajes de valor. En ellos, de manera literal y figurada, te sumergirás para formar tu mente adulta.

Llegados a este punto ambas vieron como un grupo de tres estudiantes abrían un libro y eran absorbidos por él.

—Estos libros son exigentes, no les vale cualquier lector. Ser curiosa es valioso, el libro adecuado de la temática no obligada puede llevarte a conclusiones inexploradas, pero debes tener cuidado, quedarse demasiado tiempo en un libro equivocado te puede hacer perder la paciencia y la cordura. Lo mejor es que te tomes la lectura de cada nuevo tomo con inquietud y brío. Si un texto nota que lo lees con ánimo te dará lo mejor de él, si nota que lo lees con pesar, envenenará

tu mente con la niebla de la ansiedad —hizo una pausa dramática y la miró fijamente a los ojos—. Si esa niebla te atrapa por completo dejarás la carrera, el hambre de conocimiento te resultará nauseabundo y será difícil que te deshagas de ese sentimiento.

La bibliotecaria inclinó brevemente la cabeza hacia un alumno sentado en la ventana de la izquierda. Lucía pálido y tenía el cuerpo en tensión. Estaba paralizado ante las páginas de un libro lleno de fórmulas.

—Por eso es bueno venir a estas aventuras acompañado. Claro está que hay que elegir bien a tu equipo. Si todos venís con la mente del héroe y compartís la pasión con el que se acerque a nubes peligrosas, el veneno nunca os alcanzará. Eso es todo lo que necesitas saber, si quieres llevarte algún libro me encontrarás en la ventanilla. Buena suerte.

Tras asimilar la información Milena se adentró en su primer libro. Un tomo de portadas amables y grosor moderado. El interior era frío, oscuro y tenebroso. Solo captó palabras sueltas. Salió rápido de allí al primer atisbo de angustia.

Aún con el susto en el cuerpo y la advertencia de la mujer fresca en su memoria, se acercó a la estantería reservada a libros de su carrera para escoger algún otro relacionado con su materia de interés. Encontró un segundo libro. Este prometía ser una guía básica. Fue brillante. Conectó con ella desde la primera línea. Su información inundó su mente y la llama de su pasión por aprender se avivó aún más. Regresó a los pasillos

de la biblioteca con la esperanza de quien encuentra un prado paradisíaco deseoso de explorar.

Leyó un tercer libro, este era ameno, con él recorrió un camino algo más largo que con el segundo, pero cimentó su mente como el buen albañil que busca construir una mansión. Con el prado construido por el segundo libro y los cimientos de su aprendizaje interior dados por el tercer manuscrito, recordó que el primero entraba en la bibliografía obligatoria que había venido a buscar. Acarició los lomos de los dos libros buenos, se adentró de nuevo en el primero. Para su sorpresa, esta vez el torbellino de palabras había dado paso a una brisa de frases. La oscuridad que previamente cubría todo, ahora estaba empapada de ideas flotantes que le iluminaban la mente como estrellas en el firmamento. El resumen del tercer libro sostuvo su espíritu en cada capítulo de esta primera lectura y le dio las pistas para ordenar la información. Llegó al final. La niebla no la había devorado. Por la ventana vio que ya estaba anocheciendo. Colocó los tres libros en el carrito y decidió abandonar la biblioteca despidiéndose de la bibliotecaria con una sonrisa, y prometiéndose a sí misma que mañana volvería a por la siguiente aventura.

De Ibn Tumlus a Dani

JESÚS LÓPEZ BERZOSA

Accésit

*L*e costaba creerlo, pero por una vez era Ibn Tumlus quien esperaba a su compañero. Después de un largo rato, Ibn Nasir abandonó su casa, ubicada en una estrecha calle cercana al zoco principal de Qurtuba y abarrotada por todo tipo de gentes.

—¿Se te han pegado las sábanas?

—Anda, vámonos, que es tarde.

Dani esperaba en una esquina de Ciudad Jardín mientras miraba la hora en el móvil. Varios estudiantes pasaban junto a él, algunos aún dormidos y otros charlando animadamente, mientras Dani permanecía en completo silencio y de brazos cruzados. Por fin, se abrió la puerta del edificio que tenía a sus espaldas y apareció una chica de su edad con una carpeta bajo el brazo.

—¡Pensaba que te habías quedado dormida! Ya me iba para clase.

Paula le dio una colleja.

—Si el que siempre llega tarde eres tú, Dani. Anda, vámonos, que es tarde.

La llegada de la primavera quedaba anunciada por el azahar que inundaba por completo las callejuelas estrechas de la medina. Ibn Tumlus sentía una especie de embriaguez cuando lo sorprendía aquella bendición caída de los naranjos y limoneros de los patios enclaustrados celosamente tras las casas. Al doblar la siguiente esquina, él y su compañero se encontraron de frente con la impresionante mezquita aljama que acogía a miles de fieles cada día. Los ojos de Ibn Tumlus recorrieron maravillados la belleza de los arcos polibulados y las inscripciones coránicas inscritas con gran maestría en cada puerta exterior.

—Vamos, no te pares —le apremió Ibn Nasir—, que siempre te quedas ahí embobado.

Dani respiraba embargado el intenso olor a jazmín que despedía la terraza de una cafetería junto a la Puerta Almodóvar. Contempló la mirada serena de la estatua de Séneca, que parecía entregarle el pergamino que sujetaba, invitándole a descubrir toda suerte de saberes tras las murallas que aún encerraban, ajenas al devenir de los tiempos, la antigua colonia patricia y la medina.

—Vamos, no te pares —le apremió Paula—, que siempre te quedas ahí embobado.

Ibn Tumlus logró avanzar por una calle menos transitada mientras se enderezaba el turbante blanco que amenazaba con desprenderse por el sudor. Lo seguía Ibn Nasir, que repasaba en

voz alta la definición de «medicina» que ofrecía su sabio maestro. Ibn Tumlus había nacido en la taifa de Valencia, había estudiado en Granada y hacía poco tiempo se había instalado en Qurtuba para seguir aprendiendo el arte de la curación del más grande de los sabios andalusíes del momento.

Dani y Paula dejaron atrás la Puerta Almodóvar y se dirigieron a la Facultad de Filosofía y Letras. Sortearon a grupos de turistas, camareros y vecinos y avanzaron con prisa sobre aquel adoquinado pintoresco, pero tortuoso siempre que llegaban tarde. Paula iba repasando en voz alta la diferencia entre «significante» y «significado» en la que tanto hincapié había hecho su profesor de Lingüística. Se trataba de una asignatura que cursaban en su primer año de carrera de Traducción e Interpretación y ambos coincidían en que era la mejor materia que tenían gracias al docente que la impartía.

Resultaba una maravilla escuchar las explicaciones y los argumentos del gran Ibn Rusd, a quien los cristianos llamaban Averroes. El hombre, de avanzada edad, acompañaba sus palabras con el movimiento pausado de sus brazos. Así lo encontraron Ibn Tumlus e Ibn Nasir cuando accedieron a la estancia de su hogar donde el sabio impartía lecciones a un reducido grupo de afortunados de oídos despiertos. Ambos se sentaron sobre el suelo y prestaron atención a las explicaciones sobre patologías del sabio cordobés.

El profesor de Lingüística ya había comenzado la clase cuando Paula y Dani entraron en el aula abarrotada de alumnos. El hombre, de mediana edad, continuó con su lección sin otorgar la mayor atención a los recién llegados, dado que el goteo progresivo de estudiantes accediendo al aula durante los primeros minutos de clase era lo normal. Paula ocupó un asiento libre y Dani tuvo que buscarse otro sitio casi al final del aula para prestar atención a las explicaciones sobre lingüística del sabio cordobés.

La formación de Ibn Tumlus se había centrado hasta aquel entonces en la religión y la literatura, aunque también había adquirido conocimientos de otras disciplinas como la medicina, tal y como le correspondía a un sabio andalusí, polifacético y filántropo. No obstante, no había podido evitar la llamada a la gran capital cultural de Occidente, la esplendorosa y afamada Qurtuba, donde florecían todas las artes y ciencias, para imbuirse de los saberes médicos de mano de Ibn Rusd. El sabio ostentaba el cargo de médico del califa e Ibn Tumlus soñaba con seguir algún día sus pasos, convirtiéndose en alguien tan influyente y querido y sintiéndose satisfecho con el rol que cumplía.

Dani siempre escuchaba embelesado a Rafael, el profesor de Lingüística. Tenía la certeza de que, si no fuera por él, la asignatura se le habría atragantado y la habría terminado odiando. Sin embargo, aquel profesor hacía que cualquier término lingüístico, fenómeno semántico o aspecto pragmático fuera fácilmente

entendible. Se ponía en el lugar de sus alumnos con un lenguaje simple, usando continuas metáforas y empleando siempre unos modales exquisitos. Dani tenía el sueño de ser algún día como Rafael, volcar su inspiración sobre una audiencia cautivada y sentirse satisfecho con su papel en la sociedad.

En mitad de su explicación centrada en las patologías, Ibn Rusd se quedó callado. Recorrió a su audiencia con la mirada, cansada por el paso de los años, pero aun conservando ese brillo propio de los eruditos que desean abarcar más conocimiento y transmitirlo. Acto seguido, dijo:

—Bien, me gustaría informarles de que este año cumplo cincuenta años impartiendo lecciones y compartiendo todo el saber que me inculcaron a mí desde pequeño. Como saben, el cuerpo presenta ciertos límites, y la vejez y las enfermedades no tardarán en aprovecharse de ellos. Es algo natural, aunque la medicina trate de ganar tiempo y luchar contra lo inevitable. Lo que sí me gustaría decirles es que me siento muy orgulloso por la labor que he realizado hasta este momento y que todos ustedes hacen que tenga sentido. Prosigan con este trabajo de difusión y lleven el nombre de Qurtuba a lo más alto.

La puerta del aula se abrió de nuevo y entró el último estudiante matriculado en la asignatura. En ese momento, el profesor detuvo su explicación y dijo con una amplia sonrisa:

—Bien, ahora que están todos, me gustaría informarles de que este año la universidad cumple su 50°

aniversario. Como saben, o deberían saber por mis clases, el significado denotativo de este enunciado es que la UCO lleva cincuenta años funcionando. No obstante, para mí tiene un significado más profundo, uno connotativo, y es que llevamos cincuenta años promocionando el talento, despertando las mentes curiosas de tantos estudiantes y abriendo el camino a futuras promesas. Me siento muy orgulloso por la labor que hemos realizado hasta este momento y que todos ustedes hacen que tenga sentido. Prosigan con este trabajo de difusión y lleven el nombre de Córdoba a lo más alto.

París, 18

LARA SISCAR MORELL

07:30 am

Cintia bosteza por segunda vez consecutiva mientras el traqueteo del metro la mece con energía.

Está sentada en uno de los asientos sucios del metro de París, con la cabeza apoyada contra la ventanilla y pensando en qué momento decidió que era una buena idea levantarse de la cama esa mañana y perder casi una hora de su tiempo atrapada en el transporte público solo para asistir a unas clases que no podrían importarle menos. Podría seguir metida en la cama.

Cierra los ojos y vuelve a bostezar.

A todas nos gustaría que los cambios fuesen siempre tal y como nos lo imaginamos.

Bonitos, positivos, esperanzadores. Una puerta abierta a un mundo de nuevas posibilidades.

La realidad de todo esto es que la vida no siempre te ofrece lo que estabas esperando.

Atreverse a vivir nuevas experiencias y aceptar nuevas etapas significa moverse en un entorno complejo. Y simplemente, las cosas no siempre salen como querías.

Se abren las puertas del metro. Cintia sale del vagón, sube las escaleras en dirección a la calle y la silueta de su universidad empieza a dibujarse a medida que sube.

Se le llenan los ojos de lágrimas y se le empiezan a acelerar un poco las pulsaciones. La ansiedad empieza a tomar el control. Hay cosas que no se pueden controlar simplemente porque queremos hacerlas desaparecer. Intenta poner el piloto automático y no pensar en su situación, porque eso la hace sentirse mucho más estresada y todavía más triste.

A Cintia le encantaría desvanecerse. Estar muy lejos de allí. En otra ciudad, con sus amigas de siempre. Asistiendo juntas a las mismas clases, en la misma universidad de la ciudad a la que prometieron mudarse juntas una vez terminaran el instituto. Se pregunta constantemente si tiene algún sentido seguir en esa ciudad, lejos de todos a los que quiere y en un ambiente que le es completamente hostil.

No ha sido capaz de explicárselo a nadie. Ni siquiera a la que fue su confidente durante tantos años...pero en esta nueva ciudad, rodeada de tanta gente que no la entiende, ni conoce, ni tienen intención de hacerlo, se siente sola. Todos los días se levanta excesivamente

temprano. Tan temprano que resulta casi inmoral, pero la beca no le servía para alquilar un piso tan cerca del centro y de su universidad. Vive en las afueras, como la gran mayoría de sus precarizados compañeros, pero no ha conectado con nadie. Suena triste decirlo, pero en los últimos tres meses no ha conocido a nadie a quien poder llamar «amigo». Lloro de vez en cuando, pero intento no pensar demasiado en ello porque se deprime y se ha prometido a sí misma aprovechar esta experiencia.

Pero no es capaz de hacerlo.

Entra por la puerta de su universidad y de camino a su primera y tediosa clase del día, echa un vistazo a las redes sociales y encuentra fotos de la última fiesta a la que acudieron sus amigas la noche anterior, a cientos de kilómetros de distancia. Disfrutan de una vida universitaria que ella no está teniendo y siente un poco de envidia. Distingue caras desconocidas en dichas fotos y desearía poder conocer a las nuevas amistades de sus chicas. Piensa que podrían haber sido amigas y quedar los sábados por las mañanas a desayunar para luego acabar en la biblioteca, dándose ánimos las unas a las otras.

Su realidad es muy distinta.

Cuando llega a su clase y ve a todos sus compañeros reunidos en diferentes grupos, se siente bloqueada como cada mañana. La gran mayoría de sus compañeros se conocen desde siempre y desde el primer día formaron sus grupos en base a ello. Intenta establecer contacto con alguno de ellos para iniciar una

conversación que le permita acceder al grupo, pero, otra vez como cada mañana, nadie le dirige más de un apático «buenos días» y una mirada cautelosa.

Ni siquiera las clases. Ya ni siquiera siente que haya sido una buena decisión inscribirse en la que creía que era la carrera de sus sueños. No siente la misma ilusión por las materias que sentía los primeros días. Ni por la suerte que cree que tiene al estar estudiando en un lugar tan prestigioso. Todo se ha vuelto tedioso, sinsentido y cree que probablemente no esté hecha para seguir ese camino. Quizá se ha equivocado. ¿Sigue teniendo derecho a equivocarse, cierto?

Cintia se siente minúscula. Solo tiene ganas de volver a casa.

Algunos días se pregunta qué habría pasado si hubiera decidido renunciar a esta oportunidad en el extranjero. ¿Se habría arrepentido? Tal vez las cosas no habrían cambiado demasiado...

No podemos predecir cómo va a desarrollarse nuestro futuro. Lo único que podemos hacer es tomar una decisión, y adentrarnos en el camino que se nos abre. El resto de consecuencias son daños colaterales.

¿Quién fue la primera persona en decir que la etapa universitaria es la que marca el resto de nuestra vida y por qué decidir marcar un precedente tan extremo? ¿Quién dijo que los amigos que se encuentran durante esos años son los que te acompañarán durante el resto de tu vida?

¿Qué ocurre con toda la gente a la que ya conocías? ¿Desaparecen de tu vida? ¿Se convierten en desconocidos?

Ninguna etapa es eterna. La etapa universitaria no tiene por qué ser el condicionante del resto de tu vida, ni la gente a la que conoces en esos años tiene por qué ser a la que conservarás hasta que acabéis en la misma residencia, 50 años más tarde. No se sabe cuándo conocerás a la persona que cambiará el rumbo de tu vida, ni a la que hará que dejes esas costumbres malas que llevas arrastrando desde el instituto o ni tan siquiera cuándo conseguirás encontrar aquello por lo que levantarse con ganas cada mañana.

La vida no es una carrera. Todos avanzamos a nuestro ritmo.

El último examen

ÁNGELA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

Delicadamente, hacía rodar el bolígrafo azul sobre la mesa, deslizando sus dedos sobre el cristal. Producía un ruido molesto para sus compañeros, pero ella apenas lo oía. La imagen del bolígrafo aplastando una y otra vez la hoja de su examen en blanco la mantenía absorta. No se atrevía a sujetarlo y comenzar el examen, no porque desconociera las respuestas, ya que llevaba tiempo preparándolo, sino porque no quería entregarlo. Este sería su último examen. Después, libertad. ¿Libertad para qué? No lo sabía, pero era lo que todos repetían. Dos años atrás, ella también pronunció esas mismas palabras, y sin embargo ahora no podía contestar a la primera pregunta. Nada más escribir su nombre, se dio cuenta de que lo que deseaba era tan solo hacer rodar el bolígrafo y dejar el tiempo pasar.

Echó una ojeada a los compañeros de clase que tenía alrededor, quienes la conocían como una persona aplicada. Dio un pequeño bufido al imaginar sus

rostros cuando les dijera que no había hecho el examen, a pesar de que la tarde anterior habían estado estudiando juntos. Sin duda, no la comprenderían. Intentarían convencerla de que se presentara a la convocatoria extraordinaria, de que simplemente había tenido un mal día. Lo mismo diría su profesor, quien además de dirigirle una mirada incrédula, adoptaría un tono decepcionado. Sus padres le dirían que era una idiota y que en algún momento debería dejar de ser una niña, más pronto que tarde.

Cuando inició sus estudios en la universidad, tenía metas, grandes proyectos. Parecía que todo un amplio abanico de posibilidades se abría ante ella. A medida que el curso avanzaba, notaba que había asignaturas que le gustaban y otras que difícilmente podía soportar, en la mayoría de los casos debido al profesor que la impartía. Oyó de boca de alumnos más mayores que el primer año siempre era el peor, que no se preocupara. En efecto, llegó el segundo curso y se sintió de nuevo revitalizada. Día tras día, descubría conocimientos que para ella siempre habían estado ocultos, pues pertenecían a una parte de la realidad que en los institutos no se solía tratar. Cuanto más sabía, más deseaba saber, hasta el punto de no llegar a comprender el hastío de sus compañeros. Ciertamente, había algún que otro día en que prefería quedarse en casa, en lugar de tener que combatir el frío y el cansancio para desplazarse hasta la facultad. Pero permanecer en el calor de su piso, envuelta en una manta frente al radiador, no significaba

dejar de aprender, ya que al mismo tiempo podía dedicarse a leer algún libro o adelantar la lección de aquel día. Esto tan solo lo hizo en dos ocasiones, la mayoría de las veces iba a la facultad a toda costa. Aunque otros faltaran para descansar, ella no lo hacía. Sabía que no era sano, pero en la sociedad actual se premia la productividad, así que no lo hacía. Se conformaba con descansar el domingo, si tenía tiempo suficiente. Vivía con compañeras de piso, quienes elogiaban su actitud y su esfuerzo, argumentando que ellas jamás serían capaces de llevar ese estilo de vida. Lo mismo le decían sus amigos. En esos momentos, Luna esbozaba una sonrisa y se odiaba a sí misma. Llevaba ese estilo de vida porque era lo que siempre había hecho, porque aun estando alejada de sus padres, sentía como si estuvieran vigilándola y tuviera que hacerlo todo de modo que les agradara y les hiciera sentirse satisfechos. Maldita aprobación.

Al tercer año, halló su vocación y una inmensa felicidad la embargó por completo. Pero esto no duró demasiado, pues al poco tiempo se percató de que no podía dedicarse a ello como su único oficio, sino que debería tenerlo como un mero pasatiempo. No estaba pagado y hacía falta dinero para sobrevivir. Por lo tanto, tenía que seguir buscando algo que la hiciera mínimamente feliz y que a la vez pudiera aportarle ingresos. Finalizó el tercer año y no lo encontró. Se resignó a la idea de que tendría que trabajar de cualquier cosa. Cada vez más profesores decían a sus alumnos, sin tapujos,

que realmente esa carrera no estaba bien estructurada y que no tenía salida. Soltaban ese tipo de declaraciones demolidoras con demasiada soltura. La situación resultaba extremadamente incoherente, despiadada y surrealista, y para Luna era como si sus profesores de repente cogieran una botella y poco a poco vertiesen su contenido sobre el suelo, el cual se deslizaba silencioso hasta sus pies y penetraba sus zapatos. Así, con los pies húmedos y la mirada perdida, regresaba a su piso. Parece que ya no es tan importante tener un futuro al que aspirar.

Y así llegó al cuarto año, durante el cual apenas halló motivación. Su estudio se limitaba a memorizar información inconexa que desperdigaba en los exámenes entre palabras rimbombantes y esto, de alguna forma, a los profesores les parecía digno de admiración. Realizó un complicado trabajo de fin de carrera sobre un tema que al principio le resultaba apasionante, pero que más tarde le resultó farragoso e inalcanzable. El problema era, según le decía su tutora, que para poder abarcar correctamente ese tema tendría que escribir una tesis doctoral, algo que sin duda mejoraría sus posibilidades laborales y supondría toda una experiencia vital enriquecedora. Cada vez que hablaba así, Luna asentía, a la par que una risa jocosa resonaba en su interior. Más tarde, reflexionaba sobre ello y llegaba a la conclusión de que, a fin de cuentas, el tema de su trabajo le gustaba, incluso si tenía pegas, pero no sabía cuándo podría dedicarse a él profundamente. Y temía que, cuando

pasados los años encontrara el momento adecuado para ello, y tuviera la estabilidad financiera y mental como para abordar semejante tarea, estuviera atrapada en las garras de un empleo monótono que no pudiera abandonar. Entonces, debería dedicarse a ambas cosas al mismo tiempo, resistiendo el cansancio y la sobrecarga de trabajo que ello supondría.

Ah, resistir, resistir siempre en la batalla, porque eso es lo que hacen los héroes. Porque no podemos ser débiles y dejar que los obstáculos nos superen. Porque hay que seguir siempre adelante, con una sonrisa, con los músculos tensos y el alma sosegada, pues en el fondo sabemos que conseguiremos todo aquello que nos proponamos, ¿no?

Luna suspiró y dejó de jugar con el bolígrafo. Lo guardó en su estuche, recogió sus cosas y entregó el examen en blanco al profesor, que la miró desconcertado. Ella le explicó que había tenido un mal día (y una mala semana, y un mal año...) y que se presentaría a la siguiente convocatoria. Él le dio ánimos.

El estudiante de biblioteca

CELIA ESTEPA ESTEPA

El estudiante de biblioteca es un tipo de lo más normal, de tarde o de mañana en la biblioteca, nunca explora más allá de la sala de estudio. Nada más llegar, otea el horizonte de asientos sin huésped y saluda con leve mueca y movimiento al anfitrión, mientras busca en la mesa compartida un lugar para su enchufe. Todavía lo separan de su tarea unos minutos en que, para distraer la mirada, la pasea por entre las mesas vecinas. Nada nuevo bajo el flexo: mismas caras, mismos cocos; porque el de estudiante, todo hay que decirlo, es un oficio constante con un único propósito: apro...

Por fin, ajustándose bien los cascos —dispuesto a no rompérselos—, despliega la pantalla y empiezan sus interminables excursiones por el teclado del ordenador en busca de no se sabe qué referencia bibliográfica para el próximo trabajo. A menudo, nuestro estudiante, cansado y desorientado, cambia este ejercicio por el deslizamiento de la terca barra de *scroll* de su móvil.

Verlo en este estado, en la más injustificada tranquilidad, no es raro. Ha dejado que sus redes se ocupen de escribir su biografía, que *Instagram* y *Facebook* publiquen su *omnifacético* retrato. Tras la merecida pausa, nuestro estudiante vuelve, aunque resignado, a su tarea para paradójicamente suspender la búsqueda y escribir un correo salvavidas a su profesora demandando la indispensable bibliografía.

Tan solo unos minutos después, demostrándose la sempiterna disponibilidad del profesor universitario, recibe... ¡¡HORROR!! No es lo que esperaba: se trata de firmas topográficas. Un intenso vértigo se apodera de su ánimo; tendrá que bajar al depósito de la biblioteca. Nunca en los años de carrera que arrastraba lo había hecho. Siente pereza, pero no le queda otra opción si quiere conseguir su propósito; así que se colma de voluntad y baja, primero, el puñado de escalones; después, el circuito de rampas que conducen, al fin, a la entrada del depósito. Una vez allí, nuestro héroe trata de aclimatar sus ojos, secos e irritados por la pantalla del móvil, a la tenue luz del sótano, y sus pulmones, a la cantidad de oxígeno, que, según se adentra, va disminuyendo. Durante un breve tiempo, dirige una mirada confusa y zigzagueante por las interminables filas de libros, sin comprender el sistema de ordenación del laberíntico sótano, hasta topar con una huidiza y sigilosa figura entre las estanterías. Es la bibliotecaria, que hacía ya unos minutos que lo observaba pensando en su maldita mala suerte: le había tocado otro estudiante

de biblioteca. Salvado el primer sobresalto, nuestro héroe decide abalanzarse sobre ella en busca de ayuda. No sabe interpretar ese entramado de números y letras conjurados por la madre de Satanás —le explica—, y mucho menos orientarse por entre los estrechos pasillos saturados de libros. Ya se piensa a salvo cuando, sin demasiada disposición, la bibliotecaria le da las directrices necesarias para encontrar los ejemplares que buscaba. Pero reservada a los ojos de la bibliotecaria, que fisgoneaba con el rabillo del ojo mientras colocaba una gran pila de libros devueltos, quedará la aventura de nuestro héroe, al que tres cuartos de hora después vemos subir las escaleras del depósito, con la cabeza gacha, ocupado en recuperar la señal wifi de su móvil, mientras sujeta contra su costado los recónditos volúmenes. Jamás pensó que podría encerrarse aquel infinito en un depósito de libros...

Concluida la operación de préstamo y arrojada la capa del héroe, vemos finalmente a nuestro estudiante atravesar el umbral de la biblioteca con una única promesa: volver... a devolver los libros.

El Remanso

JULIÁN JIMÉNEZ GUERRERO

12 de febrero de 2022

A nochecía. Las altas palmeras se mecían al son del viento, y los bellos cantos de los mirlos ya no se oían en la lejanía. La fuerza del soplido del aire transportaba una corriente de viento que hacía al más resistente de los cuerpos tiritar. El frío invierno se hacía eco de presencia aquella noche en el Campus de Rabanales. Tres estudiantes presenciaban el panorama desde la estación, mientras observaban cómo el tren se alejaba despiadadamente de ellos. Habían perdido *el último tren que pasaría ese día*. Y considerando que a aquella hora no quedaban más autobuses, tocaba pasar la noche allí.

Uno de los desafortunados estudiantes, llamado Marcos, sugirió pasear por los alrededores.

—¿Pasear? —interrumpió José, prudentemente
—¿Pretendes que nos helemos?

—Es eso o buscar un sitio para dormir. Y es demasiado temprano para eso, ¿no creéis? —concluyó

Marcos, secamente, con la mirada dirigida a Ana, la otra chica que los acompañaba. Observó a los dos chavales con la mirada melancólica, y luego dirigió su mirada al cielo.

—El destino ha querido juntarnos a nosotros tres en este momento. Y aunque no se oyen mirlos, la luz del día ha caído, y el cielo estrellado nocturno nos envuelve en una capa de frío viento, no veo motivo para negarte la razón, Marcos. Andemos sin demora hacia el final del Campus, o hasta donde las estrellas nos guíen.

Y así fue como estos veinteañeros anduvieron y anduvieron, rodeando los edificios del Campus por la parte verde, bajo las copas de los tristes árboles, y pisando el suelo embarrado, rodeando la piscina y saliendo de las inmediaciones de Rabanales para llegar a una zona aún más oscura y fría, donde, aunque no fuese posible, el silencio reinante parecía aún mayor. Se trataba de un espectacular bosque de altos pinos jamás visto por ninguno de los tres. En la lejanía, había un lago resplandeciente en el que se reflejaban las copas de algunos pinos gracias a una tenue luz de fondo que iluminaba el follaje. José, algo aprensivo ante el panorama, prudentemente preguntó al resto:

—¿Dónde hemos llegado? No parece que esto siga siendo el recinto limitado por los edificios de Rabanales...

—No lo parece porque no lo es.

La profunda voz que acababa de oírse sobresaltó fuertemente a los tres chicos. No era Marcos el que

había contestado, ni Ana. Los tres se dieron la vuelta y vieron a un extravagante anciano sucio, arrugado, encorvado y con la ropa desgarrada y repleta de todo tipo de manchas y restos vegetales, salir desde detrás del tronco de uno de los pinos. Semejante hombre parecía no haber visto nunca la luz del sol; parecía una especie de criatura mitológica de las profundidades del bosque. No parecía ofensivo ni peligroso, más bien una especie de fusión del hombre y la naturaleza en un solo ser semihumano. Mientras que Ana lo observaba fijamente sin decir palabra, y José brincaba hacia atrás mostrando un rostro a medio camino entre compungido y aterro- rizado, Marcos se apresuró a dirigirse a él manteniendo la calma y la compostura.

—¿Quién es usted? ¿Qué necesita de nosotros? ¿Podemos ayudarle en algo, señor?

El anciano, si esta palabra es digna para describir dicho ser, masculló algo incomprendible y contestó:

—Me temo que habéis sido los primeros en descubrir el Remanso. Chicos, me temo que una vez que se cruza la barrera entre el Campus y el Remanso, no hay vuelta atrás.

Ana se dirigió a la criatura mientras José y Marcos mostraban una mueca de horror que los incapacitaba para pronunciar palabra:

—Oh, criatura de los bosques...explíquenos qué es este Remanso, y los motivos por los que no podemos abandonarlo. Como usted sabrá, escapan a nuestra comprensión.

La criatura emitió un sonido agudo y se agachó para coger un pergamino. Después agarró una antorcha y lo iluminó para enseñarles un texto escrito en tinta verde oscura, y sellado con un color rojo sangre:

—Jóvenes, acercaos, acercaos... ¿veis este documento?

Los tres jóvenes asintieron.

—Aquí se muestra el Tratado del 12 de febrero de 1972, por el cual la Universidad de Córdoba, recién fundada, acepta delimitar el espacio del Remanso del Conocimiento, en un lugar muy próximo a aquel donde, años después, se inauguraría el Campus Universitario de Rabanales, en virtud del cual se prohíbe la entrada al personal ajeno al Remanso, y se define como tal aquellas personas que no firmasen el Tratado del Remanso en ese mismo año.

En este mismo lugar convive el personal de la Facultad de la Naturaleza. Dicha Facultad, perteneciente a la Universidad de Córdoba, rechaza la docencia en las aulas, y favorece el contacto natural del hombre y la naturaleza en este espacio, la Laguna y el Bosque del Conocimiento Natural, los cuales en su conjunto delimitan el Remanso. En dicho lugar se fomenta la reflexión y el conocimiento humanístico, filosófico y matemático, rechazando las vulgaridades de la vida en otros lugares. Los estudiantes y profesores andarán cubiertos de vegetación para favorecer el contacto con nuestro Planeta. Según el Tratado, dicha Facultad debe permanecer oculta a la vista de otros hombres, y su

existencia debe ser desconocida al gran público. Cuando aquí se instauró el Campus de Rabanales, se acordó otro Tratado por el cual el personal del recién construido Campus no debía jamás cruzar la barrera.

Atónitos, los estudiantes no sabían qué responder. Una incoherencia en el Tratado saltaba a la vista: ¿Cómo iban a saber aquellos pobres desgraciados que habían cruzado la frontera de un espacio prohibido, si jamás se había sabido nada de la existencia de dicho lugar? Ana se apresuró a hacérselo ver a la criatura.

—No contestaremos a preguntas irrelevantes. Como infractores del Tratado, se os incorporará a vosotros tres a la Facultad de la Naturaleza a partir de este mismo momento, de la cual no saldréis en un largo período de tiempo. Este día se celebra el 50º aniversario de la Facultad, y el Tratado tiene una validez de un siglo exactamente. Dentro de exactamente cincuenta años seréis libres. Mi nombre es Haya, soy la Decana de esta Facultad, y estoy encantada de daros la bienvenida a ella. Creo que ya sois conscientes de su funcionamiento, gracias a la explicación de mi compañero Jacinto.

Acababa de hablar otra criatura vestida de igual forma, pero de sexo femenino. ¿Habían sido alguna vez humanos aquellas criaturas? Tal vez habían sido estudiantes como ellos que habían sufrido dicha desgracia...

Los chicos fueron esposados y guiados hacia las profundidades del bosque. En aquel momento presenciaron una escena muy extravagante: un conjunto de criaturas «vegetales» de su edad cortaban leña con unas

hachas, mientras recitaban un discurso en un idioma incomprensible. Un profesor dirigía la extraña clase con un vestido hecho de flores pegadas a su cuerpo con resina.

—Os presento al profesor Narciso —anunció Haya—. Él os instruirá en Filosofía Natural. Andad, cambiaros de ropa.

* * *

12 de febrero de 2072

En el Aula Magna de la Facultad de Ciencias, un profesor explicaba a sus alumnos la historia de la Facultad de la Naturaleza.

—Cuenta la leyenda que hace exactamente cien años, poco después de inaugurarse la UCO...

Tres ancianos recién llegados, de unos setenta años, presenciaban la clase desde el fondo.

Biblioteca y otros lugares que no son solo sitios

JULIO SÁNCHEZ GUERRERO

La biblioteca de mi colegio era mucho más pequeña. También estaba menos solicitada. La de mi instituto también era poca cosa. Aun así, tenía libros interesantes. Dudo encontrarme con algún título en común, tal vez los más clásicos. El Quijote. Cervantes. Lorca. El lazarillo. Las alas del sol. A Gerónimo con su manzana y el Señor de los anillos bajo el brazo. Aquí dudo encontrar Las alas del sol. Miro, tampoco encuentro a Gerónimo con su manzana y el Señor de los anillos bajo el brazo. Tampoco es que esté buscando un libro en realidad. Podría encontrar alguno si quisiera. Historia del cine en España. Poesía moderna. El Incal. Filología. Arte. Historia. No estoy buscando ningún libro en concreto. No estoy buscando ningún libro en realidad. Devuelvo la mirada a los apuntes. Estoy cansado. Está siendo un día largo. ¿Qué hora es? Busco entre los asientos algún compañero al que hacer un gesto sencillo y que pase desapercibido. Que miren mi cara y

comprendan que necesito un descanso. Y no solo que lo comprendan. Que se apiaden de mí. Que me llegue un mensaje de WhatsApp por algún grupo *random* preguntando si ya es hora de un café. Quizás he mentido. Lo acabo de hacer. Puede que esté buscando a Gerónimo con su manzana y el Señor de los anillos bajo el brazo. Quizás lo sigo haciendo.

No encuentro a nadie. Sólo veo caras enfocadas con un brillo en el rostro a veces azul a veces más transparente. El brillo de las pantallas. Suena el tecleo de algún trabajo. Hoy solo tengo que repasar. Citar con APA será tarea de otro día. Del miércoles concretamente. Alguien sube por la escalera. No sé su nombre, pero conozco su cara y su presencia me sabe a algún chupito asqueroso y barato. También estaba en la barra del antro del sábado. Lo recuerdo porque entonces, en la barra, pensé justo lo contrario a lo que estoy pensando ahora. Que me sonaba. Que me sabía a silencio y a café. A hermenéutica y escuela de Frankfurt. Pensé, mierda, aún me quedan tres temas, qué coño hago aquí, pero luego pensé, bueno este tío también está aquí. Y también tiene que estudiar. Y es un euro cincuenta el chupito, una buena oferta. Y es sábado. Eso ya ha terminado. Lo he visto por aquí algunas veces. Luego sube la chica del flequillo. No vienen juntos. La chica del flequillo no tengo ni puta idea de cómo se llama. El otro es Adrián. Nos seguimos por Instagram. Sin embargo, la chica del flequillo seguirá siendo la chica del flequillo.

No decidimos saludarnos hasta el noveno encuentro o así en una misma semana. Nos hemos cruzado también por mi calle. En el bazar de abajo comprando algo un domingo. Al final terminas medio conociendo a la gente de aquí. La que parece que trabaja en la biblioteca. Tanto tiempo compartiendo un mismo espacio que te quedas con sus caras y les pones pequeños motes a falta de un nombre que los identifique. Me pregunto qué nombre tendré yo para ella. ¿Qué es lo primero en lo que se fija la gente al verme?

Uno al fondo se ha quedado dormido. Me hace gracia porque antes estaba chistando a algunas personas que susurraban. La biblioteca no es un sitio para hablar. Aunque parece ser que sí lo es para dormir. Es curioso porque antagónicamente he tenido las mejores conversaciones y risas aquí. Quizás por el estrés y la ansiedad compartida. Esto durante los exámenes parece una barricada. Tenemos que ayudarnos. Durante los exámenes todo son risas flojas. La gente es maja. No todos, porque capullos los hay en muchos lados y cualquiera tiene un mal día porque, joder, estamos de exámenes. Pero la gente es maja. También es más vulnerable por un momento. Acaba de pasar uno, pelo corto. Tampoco sé su nombre. Sin embargo, conozco sus manías cuando estudia. Recita en voz muy baja y si puede estudia en las mesas de los pasillos. Rehúye de la biblioteca. Lo entiendo. Pasea y mueve las manos y recita lo que está estudiando esté donde esté. Se le ve una

persona nerviosa. En la biblioteca en realidad no hay silencio. Esto está lleno de ruidos. De gente diciendo cosas sin querer decirlas. De personas que delatan manías y de recuerdos. Ese otro entró cuando yo estaba en primero. Lo vi el día de la charla para los nuevos en la puerta. Entonces llevaba un bigote característico que ha debido de afeitarse. Lo sé porque Ángel lo apodó el mexicano. Nos lo hemos seguido encontrando, uno que no ha dejado la carrera tampoco. Me pregunto si la estará acabando.

Acaba de subir Sonia. Sonia ni siquiera estudia aquí. Creo que va a otra facultad porque es de Ciencias, pero claro, la casa la tiene cerca de esta biblioteca. Me saluda con la mano y con una sonrisa y dice «hola» moviendo los labios lentamente sin emitir ningún tipo de ruido. Sonia es bastante maja, más maja que el resto porque nos conocemos o eso creo. Es «rpp», de estas personas que conocen a casi toda la ciudad. Coincidimos un par de veces de fiesta. Tengo un recuerdo vago sobre si nos hemos liado o no en alguna discoteca, pero prefiero no preguntar y hacer como que no ha pasado. Sonia es muy maja. Se sienta en una mesa donde antes sólo había una mochila y saca su portátil. Ella también es más de estudiar en los pasillos.

Yo a veces lo he hecho también, pero prefiero estar por aquí. Quizás me gusta más cuando puedo permitirme tiempo para distraerme a solas. Poner alguna

canción de fondo que me guste. Subir una *story*. Escribir algo. Hacer un garabato al final de la libreta. Cuando estudias con alguien estás obligado a estudiar de verdad, por compromiso supongo. Aquí yo llevo el ritmo. Además, es mejor mantener el contacto social en los descansos y así aprovecharlos al máximo. Una vez que echas tantas horas estudiando, el descanso se vuelve agua en el desierto. Y cuando ya es de noche, casi parece más un espejismo. Es como estar borrachos de sueño. Así le dice Ana. Borrachos de sueño. Nuestras mejores bromas las hemos tenido borrachos de sueño. Dentro, en la barra del bar, un boli rojo, un boli azul y un montón de apuntes. Adorno y la Escuela de Frankfurt. La modernidad líquida. La obra hermética. Fuera hay unos gatos que viven ahí, con sus casetas y sus comidas. A veces los miramos dormir plácidamente y los envidiamos. Envidiamos su tranquilidad. El sueño tan profundo. Sin tener ninguna preocupación. Nosotros somos otra cosa. Estamos hechos de otra pasta. De una que lleva muy mezclada con la carne la preocupación. El estrés. Y otras cosas no tan bonitas. Miramos en silencio y por un momento deseamos ser un gato que duerme tranquilo. Ana me está mirando desde su asiento. Tiene una sonrisa boba de estas. Está buscando un cómplice para salir un rato. Definitivamente sigo buscando a Gerónimo con su manzana y El señor de los anillos bajo el brazo. Lo he encontrado. La biblioteca está llena de libros y de otras historias algo más interesantes.

El sentido de lo invisible

ANDRÉS FELIPE ORDÓÑEZ ORDÓÑEZ

Desde niño, Daniel soñaba con ser abogado. Le fascinaba la idea de defender la justicia y los derechos de las personas. Era un chico ambicioso y soñador, que no se dejaba vencer por las dificultades. Pero cuando ingresó a la universidad para estudiar Derecho, se encontró con una realidad muy diferente a la que había imaginado. La vida académica no solo le exigía mucho más esfuerzo y dedicación de lo que había previsto, sino que las barreras impuestas parecían infranqueables.

El calor del mes de julio pegaba con fuerza en los ventanales acristalados de la biblioteca de la universidad, cuando Daniel se dirigía allí para buscar los libros que necesitaba para desarrollar una actividad. En ese lugar descubrió con decepción algo que cambiaría su vida académica para siempre: que la mayoría de los materiales disponibles no eran accesibles para personas

como él. No había libros en braille ni en formato digital, solo textos impresos con letras pequeñas e ilegibles para sus ojos. Se sintió frustrado e impotente. ¿Cómo iba a hacer su trabajo si no podía leer los libros? ¿Cómo iba a cumplir con las fechas de entrega si se le acumulaban los materiales de estudio? No tuvo más remedio que pedir ayuda a sus amigos para que le leyeran los textos y le dictaran las notas.

Daniel caminaba por el pasillo central de la biblioteca con su bastón blanco en una mano y su mochila en la otra. Sentía el murmullo apagado de los estudiantes que consultaban sus apuntes o tecleaban en sus ordenadores. El olor a papel viejo le llegaba desde las altas estanterías repletas de volúmenes encuadernados en piel o cartón. Se detuvo frente al mostrador, donde una amable bibliotecaria le atendió con una sonrisa. — ¿Qué libros buscas? —le preguntó. —Necesito unos libros sobre Derecho Constitucional y Administrativo —respondió Daniel. La bibliotecaria tecleó algo en su ordenador y luego le indicó las secciones donde podía encontrarlos. —Están en el segundo piso, al fondo a la derecha —le dijo. —Gracias —dijo Daniel y se dirigió hacia las escaleras.

Subió con cuidado los peldaños metálicos mientras escuchaba el eco de sus pasos. Llegó al segundo piso y siguió las indicaciones tal como se las habían dado, caminó por estrechos pasillos franqueados por grandes

estanterías, que daban lugar a confusos laberintos. En dos ocasiones creyó estar perdido, y tuvo que devolverse para retomar las indicaciones, hasta dar con la sección deseada. Allí empezó a recorrer con sus dedos los lomos de los libros buscando algún relieve o alguna señal que le indicara cuál era el título o el autor. Pero no encontró nada. Todos los libros eran iguales para él: superficies lisas e indiferentes. Se sintió frustrado e impotente. ¿Cómo iba a hacer su trabajo si no podía acceder a la información? ¿Cómo iba a demostrar su valía si dependía siempre de alguien más?

Al fin pudo realizar algunas entregas, y zafar un poco de la incómoda situación. Pero pronto se dio cuenta de que a pesar de ello no era totalmente autónomo y que su situación no era única. Otros estudiantes con discapacidad visual también enfrentaban dificultades similares para acceder a los materiales académicos. Así que Daniel decidió hacer algo al respecto.

Un día, mientras navegaba por internet con su programa lector de pantalla, descubrió una página web donde ofrecían libros digitales accesibles para personas con discapacidad visual. Se trataba de textos adaptados con formatos especiales como PDF accesible o EPUB3, que permitían modificar el tamaño o el color de la letra, usar sintetizadores de voz o dispositivos braille para leerlos. Daniel se emocionó al ver tantas opciones disponibles y decidió descargar algunos libros relacionados con sus

estudios. Los guardó en una memoria USB y se fue corriendo a la biblioteca. Allí buscó al director del centro y le explicó lo que había encontrado.

—Señor director, tengo algo muy importante que mostrarle —dijo Daniel—. Se trata de unos libros digitales accesibles para personas con discapacidad visual como yo.

— ¿Libros digitales?

Un día de enero

PATRICIO JOSÉ GONZÁLEZ MUÑOZ

La luz de la tarde se reflejaba en el agua de aquellas mesas que no habían sido retiradas a tiempo. Entre el arrebol del cielo y el eco cada vez más lejano de la lluvia, entre unas nubes que se disipaban y las dudas propias de un estudiante, emergía intacta en su belleza la plaza del Cardenal Salazar.

Allí, frente a la plaza, Rubén se preguntaba en un portal, con su mochila entre los brazos, si había servido de algo la acción del día anterior para frenar la venta del histórico edificio de la Facultad de Filosofía y Letras. Igualmente, las dudas en torno al amor, los exámenes y un posible trabajo copaban su mente.

Pero esos bellos momentos, que como destellos parecen deslumbrarlo todo, eran parecidos a los de otro año, a los de otro curso. Tuvo un *déjà vu* y se estremeció con la añoranza propia de un enero incierto.

El día anterior, sus compañeros y él habían tirado, con una mezcla de emoción y sensación de irrealidad,

una serie de pasquines frente a la empresa que buscaba adquirir el antiguo Hospital del Cardenal Salazar. Quizá fuera osado creer que su protesta tendría algún efecto en la opinión pública o en las autoridades, pero no quedaba más que llamar a cada puerta para que su mensaje, de mantener la Facultad en este lugar tan especial, se escuchara con claridad.

Sin embargo, los días habían transcurrido con la sensación impertinente de algo que lo inquietaba también. Lucía le comentaría en qué punto estaba su relación. Un primer amor a punto de romperse es algo complejo de sentir.

En ese preciso instante se acercó Lucía para saludarle. Sin duda, en la mirada de ambos aún existía una atracción, un recuerdo de lo vivido, de lo pasado, de lo amado, de todo lo bueno y de lo que no lo era tanto. Bajo un cielo extraño, se encaminaron hacia el Puente Romano con paso tranquilo, aunque con esto solo escondían los nervios de no saber muy bien cómo empezar a hablar.

¿Tanto hemos apostado para nada? ¿Acaso no podemos intentarlo? Mejor será que empecemos otro camino para ver qué nos pasó y estar felices. No, no, eso que me dijiste me resultó muy ofensivo e innecesario, así como que no vinieses al cumpleaños de Miguel. Tienes razón, cómo pudimos no darnos cuenta de lo que nos molestaba para solucionarlo. Sí, debemos darnos un tiempo para cada uno, pero ojalá que un día de enero o de otro mes nos reencontremos, aquí frente

al río por el que más de una vez hemos pasado para contarnos cómo nos va la carrera, cómo son nuestros sueños, para besarnos.

El abrazo de la despedida dolió más que todos los proyectos que se agolpaban esperando cumplirse entre el estrés y la esperanza, más que los sinsabores de llegar a Córdoba desde un pequeño pueblo con el ánimo de ser mejor tras una adolescencia conflictiva. El amor no basta a veces y hay que aprender a reponerse, a no cerrar el corazón. Era cierto que existía el afecto, pero ya no pasión, ambos sabían que solo quedaba un buen recuerdo.

El año siguió su curso, Lingüística resultó ser una auténtica sorpresa, puesto que era la primera matrícula de Rubén. No sin esfuerzo y con algún problema para concluir varios trabajos académicos, lo fue aprobando todo e incluso lo compaginó con un trabajo de repartidor algún fin de semana.

En lo que concernía a las protestas por el traslado de la Facultad, se intensificaron las acciones reivindicativas (colgar murales, jornadas de debate, concentraciones y reuniones, entre otros actos) y quizá por esto o por otros motivos, se revirtió la decisión de vender el edificio. No todo iba mal.

Las fiestas, la unión de la pandilla de amigos, una causa en la que creer y la poesía fueron el consuelo, mientras el corazón se encontraba nadando como un naufrago hacia la orilla. Si bien era cierto que se encontró alguna vez con Lucía, pero no intercambiaron más

de algún saludo en mitad del pasillo, entre la multitud durante algún cambio de clase. En una de las ocasiones ella le dijo que se iría de Erasmus el siguiente curso pues tenía muchas ganas de salir a ver mundo y conocer otra gente. Él también pensaba en salir de Córdoba de Erasmus.

Los meses pasaron y las vacaciones fueron en gran medida, más allá de las altas temperaturas, una especie de viaje a ninguna parte, una mezcla de recuerdos y salidas por el pueblo de las que cuesta acordarse a la mañana siguiente. No es menos cierto que Lorca y Karmelo Iribarren se fueron convirtiendo en una tabla de salvación para liberarse de la monotonía de los días. Además, unos días en Málaga con el grupo de amigos del pueblo le ayudaron a divertirse. Durante el verano, tuvo amores fugaces, como con Marcos, un compañero, y con Silvia, que pasó de ser un *match* a una buena amiga.

El otoño tardó en llegar lo que un verano concede en irse después de varias olas de calor. Más tarde, el invierno hizo acto de presencia y trajo una sensación de melancolía sin digerir.

Ahora, cuando la lluvia vuelve a caer bajo el soporal, cuando se piensa en aquellos días difusos, una ligera sonrisa emerge, pues lo aprendido ya no se olvida. El agua suena como una sinfonía entre las callejas que, hermosas, se abren cual estampa de otra época.

El tiempo ha transcurrido como un río imparable. Un nuevo día de enero, Rubén espera a que llegue

Lucía, como amigos que se aprecian con genuino cariño, para contarse de su vida dando un paseo y con ganas de cenar juntos. Otra empresa se ha interesado en convertir la vetusta Facultad en un hotel. Los estudiantes, los que ya no son estudiantes (aunque sigan siéndolo de corazón) y los profesores se han unido para que no se venda este espacio único. También los exámenes esperan a la vuelta de la esquina.

En definitiva, la vida sigue su curso y el atardecer saluda con un aire de promesas y sueños por cumplir. A lo lejos, aún se divisan unos caminantes sobre el Puente Romano.

Sueños que no solo sueños

ATEFA MAHMOODI

Soy una chica afgana que lleva aproximadamente un año viviendo en España como refugiada. Voy a contarles mi historia sobre los desafíos y problemas que una mujer enfrenta durante su vida educativa en Afganistán.

El examen *Kankor*, es el examen de ingreso a la universidad, donde estudiantes de todo el país compiten para lograr una plaza en su carrera favorita. Como la capacidad de las universidades es limitada, se requiere mucho esfuerzo y dedicación.

Igual que los demás estudiantes, tuve que trabajar duro para entrar en la universidad y ser aceptada en la facultad que quería.

Recuerdo que, cuando era una niña de diez o doce años, todos me preguntaban qué quería hacer en el futuro, y yo respondía entusiasmada que iba a ser doctora. A medida que pasaban los días y crecía, me esforzaba más y más para alcanzar mi objetivo, porque

entendí que una persona vive y se esfuerza sólo con la esperanza de poder alcanzar sus metas, y que la vida sin un sueño es como la muerte.

Después de terminar la escuela secundaria y empezar bachillerato, mis esfuerzos aumentaron porque estaba más cerca del examen de ingreso. Este examen es mucho más difícil para aquellas personas interesadas en el campo de la medicina y requiere más esfuerzo y trabajo duro.

Sin embargo, no me parecía imposible lograr mi objetivo, por lo que trabajé duro, estudié día y noche y, por fin, llegó el día y realicé el examen.

Pasaron tres largos meses hasta que se anunciaron los resultados. Un extraño nerviosismo llenó todo mi ser, para que mi sueño no fuera solo un sueño. ¿Y si no tenía éxito?

Eran las dos de la tarde cuando una amiga me llamó y dijo: «lo has conseguido, has logrado tu sueño». Estaba muy feliz de haber podido dar un paso hacia mi meta. Me estaba preparando para comenzar otro paso de mi vida, que era ir a la universidad.

Entonces ocurrieron lamentables acontecimientos políticos en mi país. El régimen cambió y retrocedimos veinte años, tal vez siglos.

El inicio de nuestra universidad se pospuso hasta la primavera, cuando se extendió la noticia de que las universidades iban a reabrir. Estaba tan feliz que me preparé para ir a la universidad, por supuesto, con la vestimenta aceptada por los talibanes y, por fin, fui a la universidad.

La universidad en la que fui aceptada estaba en una ciudad lejos de mi casa. Por lo tanto, tuve que registrarme en la residencia de estudiantes de la facultad. El primer día que estuve allí, ordené mis cosas. Estaba nerviosa por el día siguiente, que era el primer día de la universidad y se suponía que todos los estudiantes de todo el país que habían ingresado en la Facultad de Medicina debían reunirse en una clase.

Recuerdo esa noche muy bien. No podía dormir debido a la emoción.

Llegó la mañana de esa noche. Temprano me vestí con ropa larga y negra. También me puse una máscara para que solo mis ojos fueran visibles, porque de lo contrario habríamos sido advertidos y castigados por el departamento moral de la universidad.

Cuando entré en la clase y vi a todos esos chicos y chicas, me di cuenta de que no era la única que tenía como objetivo llegar a esta facultad. Muchos otros tenían exactamente el mismo propósito que yo.

A partir de ese momento, mi camino se volvió más claro. Con perseverancia y compromiso, tenía que ser la mejor entre ese gran número de estudiantes.

Me empecé a acostumbrar a la atmósfera universitaria, al ambiente de clase y había hecho nuevos amigos.

Pero como dije antes, cuando fui admitida en la universidad, el gobierno estaba en manos de los talibanes. A su llegada, todos los extranjeros, los países occidentales que estaban en Afganistán y sus empresas,

salieron del país. Y decidieron sacar a sus colaboradores afganos y a sus familias del país, para proteger sus vidas. Mi padre, que era uno de sus colegas, decidió salir del país lo antes posible.

Me llamó un día y dijo que la situación era de emergencia y que teníamos que dejar Afganistán. Dijo que no había lugar para vivir, ni lugar para construir un futuro mejor. Mi padre dijo todo esto porque había vivido el anterior gobierno de los talibanes y sabía cómo sería su gobierno.

Pero yo me resistí y dije que me quedaría aunque él se fuera. Le dije que había soportado muchas dificultades para lograr mis sueños y que quería seguir mi camino.

Pero, con la condición que las mujeres tenían en el régimen talibán, yo no podía quedarme sola sin mi familia. Mi padre habló mucho conmigo y me convenció para dejar Afganistán y posponer mi objetivo de continuar mis estudios en la universidad. Me prometió que habría más oportunidades. Dijo que estaba seguro de que podría alcanzar mi sueño.

Ahora estoy en España, ocupada aprendiendo el idioma porque, antes que nada, necesito saber español para poder comunicarme con la sociedad.

Espero que mis sueños no se queden en eso, un simple sueño, y pueda continuar mi educación. Espero no tener que enfrentarme a otro obstáculo más. Porque me convertí en víctima del régimen talibán, víctima de su política contra las mujeres. Y en mi propio país, no

pude lidiar con las circunstancias que ocurrieron. Pero en España, el país donde vivo ahora, espero que mis sueños se puedan convertir en realidad.



UCOPress
—*—
Editorial Universidad
de Córdoba



UNIVERSIDAD
DE
CÓRDOBA Vicerrectorado de
Estudiantes y Cultura
Biblioteca Universitaria